

EDICIÓN NO 2 ABRIL-JULIO 2024

REVISTA DEL NUEVO TERROR LATINOAMERICANO

Selección de los mejores cuentos de terror contemporáneo en español

Portada: Marco @j.caraxkwd
Idea original: David Kolkrabe

NARRATIVA

Gabriela Arciniegas (Colombia), José Servín (México),
Edwin Bernal (México), Alma Mancilla (México), Maximiliano
E. Giménez (Argentina), David Kolkrabe (Colombia),
Liliana Patiño (Colombia), Miguel Jara (México), Samael Spezia (México),
Jorge Santana (México).



REVISTA DEL NUEVO TERROR LATINOAMERICANO

Abril - julio 2024



La Revista del Nuevo Terror Latinoamericano es una apuesta por rescatar lo mejor del cuento contemporáneo escrito en español en nuestro continente. De publicación trimestral, los cuentos aquí compilados fueron seleccionados por un jurado calificador que, voluntariamente, los eligieron a doble par ciego.

La Revista es gratuita y de difusión libre. Si la leíste, agradeceríamos que dejaras tu comentario en Goodreads (<https://www.goodreads.com/book/show/211757470-revista-del-nuevo-terror-latinoamericano-2>) y que la compartieras en tus redes sociales.

Ilustración: Marco. IG: @j.caraxkwd

Idea original: David Kolkrabe

Nuevo Terror Latinoamericano



CONTENIDO

INFESTACIÓN

GABRIELA ARCINIEGAS

AVE NEGRA

JOSÉ SERVÍN

FE DE ER(RATAS)

EDWIN BERNAL

LA MUERTE, LA TINTA

ALMA MANCILLA

LA GENTE DEL RUIDO

MAXIMILIANO E. GIMÉNEZ

CAUCHO NEGRO

DAVID KOLKRABE

SAZÓN A SANGRE

LILIANA PATIÑO

EL MONSTRUO DE IZTAPALAPA

MIGUEL JARA

OTRO SIMPLE CUENTO DE MIEDO

SAMAEL SPEZIA

EL SEÑOR DE LOS MILAGROS

JORGE SANTANA

CÓMO PUBLICAR EN EL PRÓXIMO NÚMERO DE LA REVISTA

INFESTACIÓN

GABRIELA A. ARCINIEGAS

No lo supo Carla, la hija mayor, quien venía pensando en los ojos fríos de Juan cuando ella le dijo, no me iré sin antes decirte que te quiero. No lo supo Pedro que aun tan lejano al mundo de los grandes, aunque se veía concentrado en jugar con el carro que le había hecho su papá, se sabía enfermo. No lo supo Lidia, quien vigilaba que su hijo Pedro no se quedara atrás, que no fuera atropellado por los hombres que venían pujando, apenas pudiendo cargar los muebles. No lo sabía la criatura que Lidia cargaba con el otro brazo y que aún no tenía nombre. Fernanda sí lo sabía, pero lo callaba. Y nadie se fijaba en ella. Fernanda tenía una rutina. Los lunes hacía la parte social; los martes, la privada; los miércoles desempolvaba las porcelanas, quitaba telarañas de los cuadros y las lámparas; los jueves limpiaba baños y cocina; los viernes, brillaba la plata; los sábados lavaba la ropa; los domingos tenía día libre para rezar en misa por el niño Pedro, que cada vez estaba más malito, por su propia criatura, que ya debía estar grande, por su esposo y su mamá que se habían quedado del otro lado del océano. Los lunes sacaba un rato para planchar, doblar y guardar. Y en esos quehaceres, uno de esos días, los vio.

Al principio pensó que eran hojas secas que el niño Pedro había traído. El pobre se aburría tanto encerrado que a veces no se aguantaba, se daba sus escapadas y luego entraba con cosas a la casa. Un día había traído un pájaro muerto. Otro día le pidió a Fernanda una caja de fósforos. Había encontrado una abeja muerta y había decidido “comenzar” un cementerio, para no ver a las pobres abejitas por ahí tiradas sin recibir una sepultura apropiada. Fernanda pensaba que Pedrito en realidad se preocupaba por su propia muerte. Pero se lo callaba.

Cuando vio el primero, iba a aspirarlo, pero algo la hizo quedarse quieta mirando esa cosa que parecía una hoja seca. Se acercó sin apagar la aspiradora, se acuclilló, acercó la cara. Quizá era un insecto que se había entrado a la casa y se había muerto de hambre.



Eso parecía. Una tijereta, un cucarrón. Oscuro y opaco, medio envuelto en telarañas. Lo tomó con los dedos y lo llevó hacia la luz para detallarlo. No lograba saber qué era. Hasta que le vio la cabeza, la cara ínfima, los párpados sellados, los brazos y las piernas apretadas contra el cuerpo como si tuviera frío. El gesto. Como las momias de la tele, pero del tamaño de un dedo y con alas. Unas alas cafés, de cucarrón. Lo soltó impresionada. No era asco, era otra cosa. El bicho cayó al suelo con un chasquido de papel de dulce. Ella le puso el tubo de la aspiradora y oyó satisfecha cómo subía y bajaba por la garganta de metal.

Unos días después encontró otro. Mismo color, misma pose. Se preguntó si podía ser algún tipo de gorgojo.

Lidia agarraba el cuerpo frío de Pedro y no sabía qué más hacer para reanimarlo. Le frotaba la espalda, le pasaba Vick vaporub. El inhalador no le sirvió. Los labios ya estaban azules, los ojos en blanco. Se desgonzaba como uno de esos muñecos antiguos de porcelana con los miembros unidos al cuerpo con garfios de metal. El médico ya no va a venir, se repetía, ya mareada.

Llamó a Carla. La voz le salía como un chillido. Carla llegó soltando un gruñido que terminó en un suspiro, con periódico para ponerle a Pedro sobre el Vick. Lidia se lo rapó sin mirarla. Carla estaba harta de esa actitud de su mamá cada vez que le daba una crisis a su hermano. A veces quería asfixiarlo en la mitad de la noche con una almohada. Se le antojaba que su hermano sufría asma solamente para hacerle la vida miserable.

Fernanda llegó corriendo con la señora Candelaria, trayendo la olla hirviendo con agua de eucalipto y sábila, toallas y una vasija con barro. Lidia creyó oír que una de las dos sollozaba.

Al rato, el doctor llegó, empapado por el aguacero, y encontró el cuarto del niño hecho un aquelarre. Candelaria rezaba y sacudía una rama de eucalipto mojada sobre la cara del niño, Fernanda le frotaba con barro el pecho, Lidia lloraba como una plañidera por todo el cuarto. Carla sostenía al bebé en brazos y refunfuñaba. Me hacen el favor y se salen del cuarto y se llevan todo esto. Solo quiero a la madre y al niño, rugió el galeno.

Carla se sentó en el viejo escaño al lado de la puerta y fue cuando vio uno por primera vez. Tieso, oscuro, opaco y comprimido como el que había visto Fernanda hacía ya un par de semanas. En medio del caos se le ocurrió decir: Fernanda, ¿usted sí ha limpiado por aquí?, mientras apuntaba hacia el bicho muerto. A Fernanda le saltó el corazón.

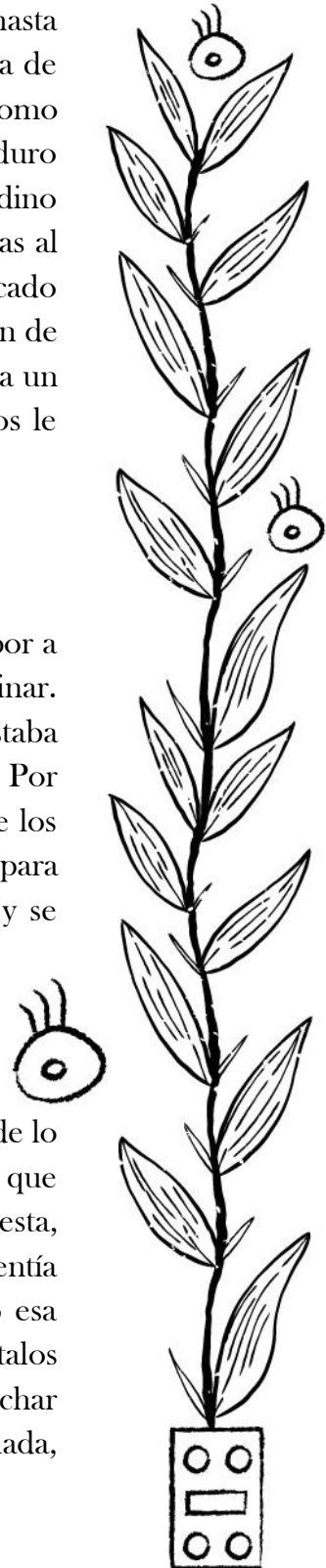
En algún punto del corredor caía una gotera.



Pedrito ya estaba mejor. Habría sido la inyección o quizá el regaño del doctor, que hasta había hecho llorar a Libia, cuando le dijo que si quería matar al niño; que se dejara de remedios caseros y más bien le diera el bromuro y el beta y los inhaladores como correspondía. Ni siquiera la había dejado explicar lo juiciosa que era con eso y lo duro que era verlo de repente agonizando. Pero el licenciado, un muchacho joven y citadino que hacía el rural en el pueblo aledaño, detestaba que lo hicieran salir a hacer visitas al campo. Más aún, hacerlo encontrarse con un desorden como que le había tocado presenciar. Lidia odiaba a los médicos por eso, porque olvidaban el verdadero origen de la medicina: la magia. A Pedrito en cambio, esa discusión le daba igual. Desde hacía un año incubaba la certeza de que moriría pronto, sin importar qué clase de remedios le dieran.

A Carla la despertó un ataque de tos. Estaba oscuro. Tenía la garganta seca y un sabor a serrín. Le ardía respirar. En el baño, bebió del lavamanos hasta que sintió ganas de orinar. Somnolienta, se le vinieron a la mente imágenes entrecortadas del sueño que estaba teniendo antes del acceso de tos. Juan. Juan besándola en una iglesia, detrás del altar. Por alguna razón, los dos levitaban a medio camino entre el suelo y la cúpula. La luz de los vitrales, encajes luminosos, se derramaba sobre ellos. Estaba muy cansada para lamentarse. Mañana a primera hora voy a llorar, y lloraré mis ojos, se prometió y se levantó de la taza.

Lidia encontraba en la jardinería un descanso de lo que significaba cuidar a Pedro y de lo que significaba aguantarse las crisis neuróticas de su hija adolescente. En cada casa que había habitado, había cultivado rosas. Amarillas, rojas, carmín y escarlata. Y en esta, apenas se había instalado, había plantado rosales. Y ya los había hecho florecer. Se sentía orgullosa de eso. El día anterior había despegado el último botón amarillo. Pero esa mañana la habían recibido flores y hojas llenas de agujeros, tallos quebrados, pétalos roídos apilados en el suelo. Y en la cima, regordete, quieto, oscuro, lo vio. Se iba a agachar a mirarlo mejor cuando oyó un grito desde dentro de la casa. En la cocina no queda nada,



gemía la señora Candelaria. Todas las alacenas estaban abiertas de par en par, los sacos de arroz, de papa, la avena, la harina, desparramadas por el suelo. Qué vamos a comer, se despepitaba Candelaria, qué vamos a comer.

* * *

Cuando Fernanda llegó al cuarto con la ropa planchada, Pedro tosía. Al principio ella pensó que se había atorado, como le sucedía a menudo, con saliva o con polvo. Pero luego se vio más como una recaída de asma. La muchacha soltó la ropa y fue a darle palmaditas en la espalda. El niño se inclinó cubriéndose la boca con las manos, haciendo ruidos guturales como si se le hubiera atascado una espina. Le mostró las manos cóncavas y ambos se quedaron perplejos: sangre. Y empapado en ella, un bicho. Sus patas vibraron. Se paró sobre la piel replegada del niño. Sacudió las alas y salió volando por la habitación el insecto humanoide. No le digas a mamá, le pidió Pedro. Fernanda persiguió al bicho voleando vehemente una de las camisas que traía, creyó oír un ruido seco, el zumbido paró, ella buscó por el suelo, en las cortinas, en la mesita en el corredor y no vio nada.

Esa noche, Lidia despertó al oír un ataque de tos en la pieza de Pedro, al lado de la suya. El bebé se despertó con el ruido, tuvo que llevárselo con ella.

Daba pena verlo. Parecía que iba a expulsar hasta el hígado. La sangre salpicaba por todos lados. Entre la tos, los gritos de Lidia y los aullidos del bebé, todos en la casa terminaron por despertarse. Rodearon a Pedro, impotentes, cuando una bandada de insectos salió por la boca del pequeño y los ojos saltaron de las cuencas. Un nubarrón de zumbidos llenó la habitación. Los insectos buscaron orificios húmedos y tibios por donde meterse. Fernanda subía apenas la escalera cuando vio venir la nube murmurante. Carla venía huyendo de ella, chillando y manoteando. Por poco cayeron ambas por la escalera. Fernanda atravesó el vestíbulo, se volteó hacia la niña y la vio cubierta de los horrorosos seres que aleteaban nerviosos sobre la ropa y la piel. Espantada, salió y cerró la puerta.

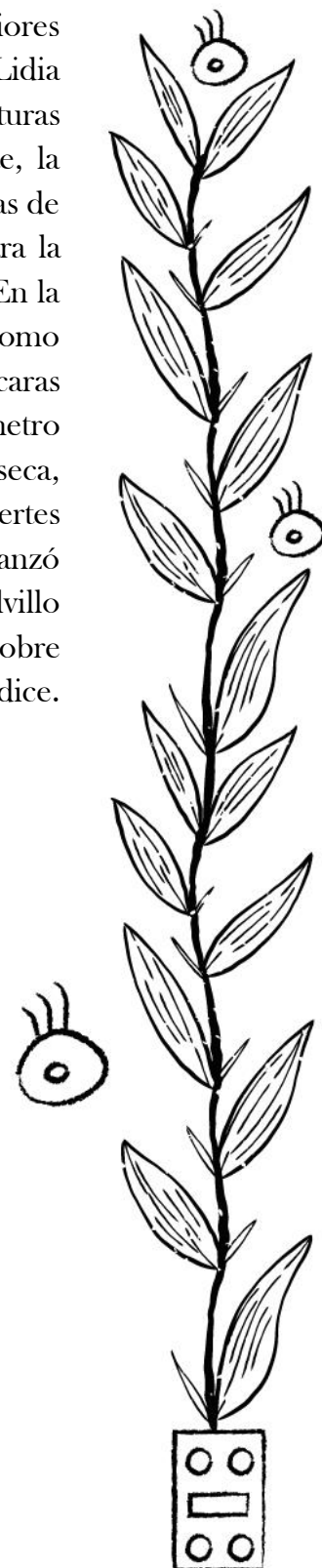
Se encerró en el cuarto de las herramientas. El sueño la venció. Despertó sedienta. De la conmoción de la noche anterior no quedaba nada. Los pájaros cantaban como cualquier otro día. Fernanda decidió regresar a la casa. ¿Por qué no fui capaz de salvarla?, pensó. ¿O acaso lo soñé?

Adentro, todo callaba. Insectos, con caras humanas y alas oscuras, yacían en el suelo, bocarriba, como envenenados. Permaneció en silencio, temerosa de despertar a la horda invasora. Observó un montículo en medio de vestíbulo, cerca de la escalera. Una estatua de madera. La piel seca, arrugada, formaba surcos. Carla, con pijama y pantuflas. Los brazos le cubrían la cara, pero dejaban ver, en la boca, un grito silencioso.



Cuidó cada paso. Sintió náuseas al pensar cómo se reventarían bajo su peso. Para llegar arriba, cada escalón rebosaba de pequeños cadáveres. Los apartaba con el pie y los cuerpos caían chasqueando, rebotaban entre sí.

Arriba, en el cuarto de Pedro, con la luz que entraba por la ventana, las alas interiores de los insectos translucían sus venas en tonos marrón y tornasol. Al lado de la cama, Lidia con el bebé parecía una Virgen con el niño, ambos ancianos, grises, como esculturas talladas en un árbol viejo. Ella, con la cabeza levemente inclinada hacia adelante, la criatura con sus brazos alzados, las manitas crispadas, la boca desencajada; las cuencas de los ojos dejaban ver el interior del cráneo, vacío. Del otro lado, Candelaria, contra la pared, con los brazos encogidos, las manos empuñadas, la cara girada, carcomida. En la cama, en posición fetal, Pedro, con la mandíbula dislocada, roída, el cráneo vacío como el del bebé. Debajo de ella, los cadáveres de los insectos, parásitos letales de caras abismantes, de bocas entreabiertas. Sintió una culpa enorme al ver como cada milímetro de la piel de Pedro se había transformado en fibras de madera. Sintió la garganta seca, tragó saliva. Lo que había sido Pedro se fue ladeando, cayó entre los exoesqueletos inertes y se levantó un polvillo de alas que quedó flotando en el aire. Carraspeó. Se lanzó escaleras abajo, sin importarle cuántos bichos aplastaban sus zapatos. Entre el polvillo levantado en la huida, abrió la puerta tosiendo, tosiendo cayó sobre rodillas y manos sobre la hierba. Sintió algo duro, punzante en la boca que le costó sacarse. Lo puso en su índice. Una patita de coleóptero con un diminuto pie humano.



AVE NEGRA

JOSÉ SERVÍN

Había conducido toda la noche. En ningún momento se sintió cansada. La adrenalina la mantenía alerta, clara en su objetivo. Debía alejarse de su marido.

Su hijo, el pequeño Rufino, dormía en el asiento trasero del viejo Tsuru. Desde el retrovisor, a Daniela le pareció que el niño de seis años volvía a ser bebé, tan frágil y dependiente. Apretó el volante. Se le llenaron los ojos de lágrimas y culpa, por haber aguantado tanto tiempo, por esperarse y pensar que el cabrón podía cambiar.

Dejaba atrás su casita en Villa Hayedo, atrapada ahora entre gritos, golpes y amenazas. Las lágrimas escaparon y Daniela lo permitió, que fuera de una vez y no con el niño despierto. Estaba bien. Todo iba a estar bien.

Al dar las cinco de la mañana, atravesaban Villa Hundida, otra de las razones por las que Daniela no se detenía. Odiaba ese pueblo y a su gente. Era un lugar peligroso. No pretendía quitar el pie del acelerador hasta dejar de ver las montañas de tierra roja alrededor.

Calculaba que antes de las ocho de la mañana estarían en Villa Alta, en casa de su tía Mónica. Se quedarían con la anciana en lo que Daniela conseguía a un abogado, un trabajo y la oportunidad de deshacerse de su cabrón marido para siempre.

Suspiraba de tristeza y miedo ante una vida nueva, cuando el cielo empezó a aclararse. El frío de la mañana era punzante. Las casitas de Hundida parecían incapaces de recibir el poco sol que las montañas permitían.

Fue hasta ese momento que Daniele sintió los brazos relajarse, el cuello destrabarse, los hombros descender. Poco a poco, percibió el dolor en las muñecas, en el brazo izquierdo, en la espalda. Era de esperarse, su marido era fuerte y el forcejeo había sido intenso. Podría haber terminado mucho peor. Tenía suerte de estar viva, de haber actuado rápido, de haber fingido que aceptaba las disculpas del parásito ese y esperar a que fuera al baño, para tomar al niño y huir.

Aún podía oír sus gritos, corriendo tras ellos, ella pegada al acelerador de la carcacha, temerosa de que la máquina la traicionara.



—¿Mami? —Rufino se tallaba los ojos, sentado, la chamarra de su madre en las piernas—. ¿Dónde estamos?

—Vamos con mi tía Moni, mi vida. Ya casi llegamos. ¿Por qué no te duermes otro ratito?

—¿Papi dónde está?

—Se quedó en la casa, mi niño. Luego le hablamos.

—Mami... Quiero hacer pipí.

Esa era la razón por la que Daniela quería que el niño se mantuviera dormido, eso y el hambre. Si algo le estresaba era no cumplirle a Rufino en el momento. Y el niño, como lo había acostumbrado, no parecía poder esperar a resolver ninguna de sus necesidades.

—Por favor, aguántate tantito. Déjame salir de este pueblo y busquemos baño.

—Es que me anda mucho.

—No es seguro, Rufino. Por favor...

—¡Pero mami!

Daniela continuó el camino. Veía a la gente salir de sus casitas. Los rostros pálidos y cansados. Todos volteaban a ver el coche, como si supieran con exactitud quién pertenecía y quién no a Hundida.

—¡Me estoy haciendo! ¿Dónde está mi papiiii?

—¡Cállate, Rufino! ¡Cállate con una chingada!

Le gritó como nunca, muy parecido a la manera en que su marido lo había hecho con ella, hacía unas horas. Se quedó fría. El estómago se le revolvió.

El llanto silencioso de Rufino le dolió en los huesos.

—Rufi, mi vida —quería llorar y gritar, y al mismo tiempo pedirle a su hijo que hiciera lo mismo, que no llorara bajito, como si no quisiera molestar con su dolor. Quería que ambos gritaran al cielo su desgracia—. Perdóname, mi amor chiquito. Déjame salir del pueblo. Aguántate un poquito nada más. Te lo pido por favor.

Lo vio por el retrovisor. El niño asentía lento mientras se secaba las lágrimas con las mangas de su pijama de aviones.

La imagen le rompió el corazón. Apretó el volante y se dijo que no podía dejar que su miedo lastimara al niño. Ya habría tiempo de enmendar las heridas producidas en Hayedo. No podía darse el lujo de darle nuevos traumas al pequeño.

Así que siguió el camino, no sin antes encender la radio y reproducir el CD atrapado en el aparato, Dangerous de Michael Jackson. El disco que había escuchado durante sus nueve meses de embarazo y después de nacido se convertiría en el álbum de madre e hijo.

Daniela lo vio sonreír con levedad al oír a su ídolo. Movié un poco la cabeza y volvió a acostarse, abrazado a la chamarra.



No pasarían tres canciones para que llegaran a los límites de Hundida. Comenzaron los tramos estrechos y ascendentes, con la montaña roja a un lado de ellos. Daniela condujo con precaución. Agradecía que el sol saliera durante este tramo peligroso.

Un camión de pasajeros frente a ella la hizo tener que ir más despacio, por lo que no tardó en desconectarse, atrapada en el Tsuru viejo, el niño atrás con sus eternas necesidades, el camión de enfrente deteniéndola. De repente veía al cielo sin aves ni nubes. Se preguntaba qué se sentiría volar, sin nada que la detuviera, ni matrimonios fallidos o...

—¿Mami? ¿Le puedes subir?

El estómago se le hizo nudo. No se atrevió a admitir lo que había pensado. Iba subirle el volumen a Michael, cuando el camino se ensanchó. Estaban a un par de kilómetros del manicomio, la referencia para saber que Villa Alta se acercaba. Antes de siquiera verlo a lo lejos, en medio de un sembradío seco, divisó una tienda con un enorme letrero sucio con letras rojas pintadas: W.C.

—¡Un baño! —gritó Daniela, dispuesta a olvidar sus pensamientos traicioneros y obligarse a cumplir como madre.

Se salió del camino sin mucho cuidado, el auto sobre la hierba seca, crujiendo bajo las llantas. Salió del coche y después ayudó a que Rufino hiciera lo mismo, envuelto en la chamarra. Caminaron de la mano hacia la tienda. El frío de la mañana les estiró la piel. Tenían que levantar alto las piernas para avanzar a través de la hierba, quieta y tiesa. Rufino tarareaba a Michael, Daniela apretaba su manita.

La tienda lucía abandonada. Daniela solo necesitó asomarse para comprobarlo. Los productos albergaban capas de tierra y polvo. No había un alma en su interior.

—Chingada madre...

—Mami, dijiste una peladez.

—Perdóname, mi vida. Vamos a buscar el baño.

Tomó la mano del niño y juntos entraron. Ambos tuvieron que taparse la nariz por el polvo en el aire.

—¿Hola? Perdona, solo quiero usar el baño...

Nada. Silencio.

Al fondo, junto al mostrador, estaba la puerta con el letrero de W.C. Daniela se acercó y se asomó. Era un baño común y corriente, más limpio de lo que esperaba.

—A ver, vamos.

—Yo solito, mami.

—Bueno, entonces ve.



El niño entró y cerró la puerta. Lo hizo imitando los ademanes de su padre, los hombros atrás, el pecho inflado. Los desplantes de adulto lo hacían ver más pequeño.

Daniela esperó a escuchar el chorrillo de su hijo para salir al aire limpio. Ahí, sacó su celular, apagado para evitar las llamadas de su marido. Consideró encenderlo, al menos para avisarle a su tía que no tardaba mucho en llegar. Al final no se atrevió.

Una vez más, la emoción la embargó. A esa hora, tenía que estar despertando a Rufino para ir a la escuela. Estaría preparando el desayuno, en su casita que tanto había amado, con su familia que algún día había prometido mantener junta por siempre. En ese momento, en el frío calante de Hundida, sobre esa tierra muerta de hierba enferma, Daniela se sintió vacía. Vio hacia arriba, al cielo gris. De nuevo se imaginó volando, las alas bien extendidas, ligera, libre, sin cargas ni obligaciones, sin marido, sin...

Un ruido que en principio pareció un grito la hizo brincar. Era un cuervo que volaba a toda velocidad hacia ella, lanzando graznidos, desesperados y agresivos. Daniela tuvo que agacharse para que el ave no chocara contra ella. En lugar de eso, el cuervo se estrelló en la tienda y rompió un vidrio en terrible estruendo.

Daniela se quedó ahí parada un rato, el nudo en el estómago, el celular bien apretado con ambas manos.

Entró sigilosa a la tienda. Los vidrios tapizaban el piso de cemento, pero al ave no estaba a la vista. El chorro del niño ya no se oía.

—Rufino, vámonos ya. —No hubo respuesta—. Rufino, se nos va a hacer tarde...

—¿Con quién habla, señora?

Daniela ahogó un grito y todo su cuerpo se estremeció. La voz era rasposa y un tanto chillona. Por un momento, pensó que era la tienda hablándole, hasta que vio en el mostrador, como si saliera de las sombras, un rostro pálido emerger.

Era un hombre viejo, unos setenta años. Vestía ropas oscuras, como chales sobre chales, grises y negros. Si se le prestaba atención, parecían grandes plumas, unas sobre otras. El hombre la veía con interés y tranquilidad. Incluso le sonrió. Daniela no alcanzó a ver los dientes.

—Discúlpeme, señor. Entré y no había nadie. O sea, no lo vi. Perdóneme, es que mi hijo quería ir al baño. Pero ya nos vamos. Por cierto, el vidrio lo rompió un ave. Un cuervo, creo que era...

—Señora mía, le ruego que no se preocupe. —Su amabilidad no cuadraba con su aspecto. Sus palabras cargaban un acento desconocido—. En realidad, ya no tiene que preocuparse por nada.

Daniela no soportó la mirada del señor, tan llena de calma y sabiduría.

—Rufino, vámonos.



Fue al baño y tocó fuerte, para después intentar abrir. La puerta estaba atorada. Forcejeó con la perilla, que de pronto parecía estar congelada.

—¡Rufino, abre! ¡No estoy jugando!

—No se enoje, señora. Todo está bien.

—¡Abre ahorita mismo, chingado!

Daniela no sabía por qué gritaba, si era preocupación por el hombre a un lado, o enojo de que el niño la avergonzara una vez más, de que sus necesidades fueran inconvenientes de nuevo.

—¡Por favor! —se dirigió al hombre—. ¡No abre! ¡No oigo a mi niño!

—¿Segura que quiere ver?

Daniela dejó de forcejear. Vio la curiosidad del hombre, como si la estudiara, sus deseos y reacciones. No quitaba esa sonrisa tranquila de su extrema palidez.

—Por favor —dijo Daniela casi en un suspiro—... Se me hace tarde.

El caballero se acercó y con suma facilidad, giró la perilla. La puerta se abrió sola. Apenas se asomó, Daniela se llevó ambas manos a la boca.

No gritó, no aulló. Tampoco peleó con el señor. No hizo nada. Solo vio el agujero negro en el piso, ahí donde había visto un escusado minutos antes. Admiró las lianas rojas que resaltaban entre la negrura del vacío. Vio palpitaciones, venas de sangre, vida en muerte corrupta.

El hombre posó una mano sobre su hombro, dura como pata de ave, reconfortante. Daniela dejó ir lágrimas silenciosas, envuelta en terror y algo más, algo que no se atrevía a reconocer.

—Todo está bien, señora mía. Los regalos vienen de quienes menos esperamos. Acéptelo.

Daniela se acercó al hoyo. Creía escuchar ecos, llanto quizá, gritos de auxilio. Iba a asomarse, el negro rojizo perturbaba y atraía, su caos era tan atractivo como imperdonable.

El hombre la detuvo.

—Acéptelo y continúe su viaje. Se lo ruego.

Ella lo volteó a ver. Su mirada se clavó en los ojos negros del hombre, vacíos de penumbra que destellos rojos adornaban.

—Yo...

—Usted tiene un largo camino pendiente.

Daniela asintió. Se alejó del agujero. Ignoró sus lamentos, sus ecos, alimento de lo que fuera que se había topado, y salió de la tienda. Caminó entre la hierba que parecía haber crecido en minutos. Caminó sin voltear atrás. Se metió al Tsuru y lo arrancó. La radio se



encendió y Heal The World inundó el coche. Michael cantaba sobre el amor y la sanación.

Daniela apagó la música con apuro, los ojos repletos de lágrimas. Pisó el acelerador, no sin antes arrojar su teléfono a la espesura de hierba.

Avanzó, sin rumbo. Ligeramente, sin ataduras ni responsabilidades. Como ave negra en un cielo gris.



FE DE ER(RATAS)

EDWIN A. G. BERNAL

Lo lamento mucho por todo lo que han tenido que limpiar.

En este atropellado obituario mío les confieso que gran parte de mi vida he sufrido de miedos y pavores incontrolables. En algún momento mi mente comenzó a repeler por instinto a los velludos miembros de las arañas. A la imagen de la oscuridad cerniéndose ante mí y cerrándome el paso. Al olor del alcohol y al desinfectante; pues toda mi vida el recuerdo de hospitales, clínicas, y consultorios invaden mi mente, cuando mi único deseo se reducía a sanar o morir.

Pero no comenzaron ahí los miedos. Es innumerable la lista de la que solo les he compartido una fracción para que se den una idea leve de qué tan atormentado me tiene mi propia mente. Pero, aun así, con todo a lo que me he visto reducido, tengo recuerdos de haber sido distinto cuando pequeño. Recuerdo el momento exacto en que nació algo que era más que rabia, más que miedo, y menos que humano. Odio. A las ratas. A las pestes que traen consigo. A sus cuerpos asquerosos y repulsivos que se retuercen en su propia suciedad y mancillan en mugre el ambiente. Las aborrezco como no se puede más. Un mecanismo de defensa, así lo han llamado.

Y para entender cómo llegaron ustedes que se han detenido aquí, y yo que ya no me puedo detener, les contaré cómo empezó esto.

Eran años verdes, en flor adornados los días calurosos. El sol a su punto y el calor asfixiando, con los olores del verano siempre presentes. Flores y tierra. En el pueblo en que solía vivir había un laberintico sistema de desagüe que constaba de enormes cañerías. Debido a que era demasiada cañería para tan poca gente en nuestro pueblo era muy fácil acceder a aquella red de túneles sin problemas. Era un punto de reunión conocido para que los adolescentes se fueran a beber a escondidas, y nadie los culpaba, estaba a las afueras del pueblo y mirando al oeste, ningún atardecer era tan majestuoso como el que se posaba siempre detrás de las montañas.

Mi padre nos dejó para irse al norte, mi madre trabajaba todo el día. Los padres de mi amigo murieron cuando él era muy chico, sus abuelos estaban muy mayores para la labor de cuidarlo, pero eso no era problema, luego de esa tarde alcanzó a quienes lo dejaron antes de tiempo. Para dos niños sin vigilancia era muy fácil meterse en problemas solo para buscar un poco de entretenimiento en un día en el que no había nada interesante qué hacer más que morir de sofoco bajo el incandescente e inclemente sol estival. Conociendo a la perfección cada calle del pueblo nos era tentador ir expandiendo nuestro



terreno y adentrarnos más allá de la periferia. Al drenaje. Claro que no íbamos a decir a dónde íbamos, no lo hubieran permitido. Entre la lejanía, la peste, y los rumores de la delincuencia organizada acercándose más al pueblo era obvia la lista de motivos para no dejarnos acercarnos. Pero no escuchamos.

Con excusas y linternas en mano nos dirigimos al oeste del pueblo en una tarde sin nubes. No había nadie que nos viera, o que supiera a donde nos dirigíamos. Tampoco sabían que era la última vez que verían a uno de los dos con vida.

Llegamos a la imponente y superlativa formación de hierro. El tamaño era demasiado impresionante para un niño. La tumba metálica de nuestra ilusión. Entramos sin cobardía. Reíamos y jugábamos. Nos estremecíamos si el agua sobrepasaba el nivel de protección de nuestras botas de hule y, por designio funesto, terminamos perdidos. Sin saber a dónde ir tratamos de seguir nuestros pasos. Entre los malos olores y el silencio sepulcral en el que caímos ante la impresión no habíamos notado que nosotros no éramos los únicos presentes esa tarde en el desagüe. Un hombre de aspecto animal, con cuerpo similar al de un gusano y lombrices en la piel se apareció frente a nosotros. La única pertenencia y vestidura era un enorme cuchillo y el vello corporal gris que lo hacía lucir aún más animal.

Corrimos cuanto pudimos. Por donde pudimos. Asegurándonos siempre de correr juntos. Hasta llegar a un bache en el suelo, donde el drenaje se hacía más profundo y las aguas negras nos llegaron hasta el cuello. El pánico activó una horrible parte de mi cerebro que me hace dudar de cómo fue que esto pasó, aunque cada noche lo revivo en pesadillas. Solo sé que es real porque fue el día que todo cambió para mí.

Sentí mi cuerpo salir del agua. Con algo dentro de la boca. Un cuerpo cilíndrico, peludo y rígido que me apretaba la quijada hacia abajo, más allá de lo que podía abrirse. La sentía revolverse dentro de mi cuerpo y no podía hacer nada para sacarla pues mi mandíbula estaba trabada por el abrupto movimiento. Palpé como pude y tiré con todas mis fuerzas. No salía. Era una rata. Una maldita rata atascada dentro de mi infantil boca, arañando el interior. Con su ácido sabor dejando muesca en mí. No dejaba de moverse y el asco poco a poco estaba pudiendo más que yo.

No podía soportar ni un segundo más de esa tortura. Inundado de miedo y sintiendo el movimiento del invasor que se estableció dentro de mí. No era capaz de hacer absolutamente nada. Mis manos tiraban de la rata, pero ésta solo luchaba por introducirse más. Me asfixiaba y yo solo podía rezar por que todo se terminara pronto.

En un ataque de repulsión sentí un líquido llenar mi boca. Vómito. Mi vómito. La rata empezó a aminorar su movimiento poco a poco. Cuando terminó por ahogarse no era más que un cuerpo flácido que sin problemas salió. Inerte. Algo de lo que mi cuerpo sufrió había repercutido de manera grave dentro de mi mente a partir de ese momento. *Muy joven para darme cuenta.* Sentía asco de mí mismo y nunca logró salir de mí aquella sensación. No había momento en que no me sintiera vulnerable, enfermo, vacío.

Frente a mí se escuchó una risa. Ahí estaba el hombre. Al otro lado del diminuto cuerpo de agua. Con el cuchillo en una mano, lleno de una sangre que no podía asegurar que no fuera mía. Me di cuenta al enfocar la vista que de los dos que entramos yo había sido el más afortunado. O eso me decían, pero mi amigo al menos encontró un alivio



LA MUERTE, LA TINTA

ALMA MANCILLA

Llegamos a medianoche. La llamada, anónima, daba pocas señas, pero éstas nos bastaron para dar con el lugar: la puerta de la vivienda seguía abierta y el olor que de ahí emanaba no dejaba duda sobre lo que íbamos a encontrar. Al matrimonio lo habían matado con una saña que espantaba. A las dos niñas les habían arrancado la cabeza; los cuerpos, tendidos en el pasillo, eran irreconocibles masas de carne y de piel. Una anciana de cabello peinado en dos trenzas nos miraba desde la cocina; tardamos en darnos cuenta de que también estaba muerta, desde hacía mucho al parecer.

—¿Y esto, mi jefa? —me preguntó Miguel mientras me señalaba aquí y allá lo que de pronto y en la piel de uno de los cuerpos me parecieron párpados o bocas.

Mi segundo de abordó no era del tipo conversador; que dijera tanto tan de pronto era señal de que, incluso para quienes llevábamos mucho en el oficio y habíamos visto de todo, esto daba mala espina: los cuerpos estaban húmedos, como aguados, enmarañados en una posición que nos pareció antinatural. Pese a la flacidez, el de la madre tenía bien grabado el rictus de espanto en la cara. Lo que más nos sorprendió fue que todos evidenciaran eso que al principio tomamos por cortadas, aunque una mirada más atenta (incluso sin la intervención del patólogo) nos hizo darnos cuenta de que se trataba de largas llagas viscosas, casi moradas, que supuraban un icor negro y hediondo. La casa toda olía raro, un hedor repulsivo a pescado en mal estado. Pero la presencia de cuerpos en descomposición justificaba cualquier cosa, y aún no era tiempo de especular. La misma viscosidad oscura que cubría los cuerpos se extendía a lo largo del pasillo, en el piso, en las paredes, en las grietas del cemento. Lo que sea que allí hubiera andado era grande y se había desplazado a placer.

Mientras el perito terminaba de tomar las muestras me puse a inspeccionar el entorno. No encontré nada que llamara mi atención más de lo necesario. Los vecinos ya habían salido a ver de qué se trataba: un par de señoras en bata de dormir, dos viejos muy encogidos, una niña demasiado pequeña para estar despierta a esas horas. No me pareció correcto que la dejaran mirar, pero no me metí; el barrio era pobre, peligroso, no sería la primera vez. A la niña le ofrecí una paleta de ésas que a veces cargaba en el bolsillo y a



todos los demás los interrogué. Ninguno dijo nada que me pareciera relevante. En algún momento la niña se rio, de mis botas, de mi apariencia, de sólo dios sabría qué.

Me fui a casa con muy mal sabor de boca. En el informe, que recibí el jueves, vi escritas cosas que tampoco me gustaron: los cuerpos de las víctimas habían sido aplastados de golpe y con mucha intensidad. La sangre se agolpaba en ciertos puntos, producto quizá de una fuerte succión. El líquido oscuro del pasillo resultó ser una mezcla de agua, sal y melanina, la misma que encontramos en la que fue la siguiente víctima, dos días después, mismo barrio, pero a espaldas del mercado. Yo llegué cuando mis colegas ya estaban trabajando. Habían tapado los restos con una sábana de cuyos bordes brotaba una mancha parduzca. Puro pellejo y huesos quedaban. Lo que sea que lo atacara había devorado sin piedad. Devorar, claro, no era la palabra justa pero no se me ocurría otra. Salí a tomar aire y afuera descubrí, no sin sorpresa, a los dos viejos de la otra vez. Andaban bastante lejos de casa, aunque no tanto como para que su presencia me extrañara. En ciertos barrios la gente no hace otra cosa que eso: salir, observar, ver a quién mataron esta vez. El viejo vino a mí enseguida, como si sólo hubiera esperado mi aparición:

—Es ella, agente—me dijo— Tiene que detenerla. Ella no es lo que usted cree.

La vieja se acercó despacito y en su mueca estaba escrito algo que asustaba.

—Usted no se ha dado cuenta. Nosotros no tenemos la culpa. A veces las cosas se descontrolan, algo tenemos que hacer...

¿Ella quién? ¿De qué me hablaban este viejo y su mujer? Iba yo a pedir aclaraciones cuando la niña se acercó. Salía de no sé dónde, con la boca pringosa, el vestido manchado, una extraña malicia en el rostro. Sentí pena por partida doble: por ella, que al parecer sólo tenía a este par de carcamales por familia, y por los viejos, que tenían que hacerse cargo de una niña, tal vez la nieta que algún hijo o hija desconsiderados les había dejado a cargo en el colmo de la irresponsabilidad. Porque era evidente que ellos ya no estaban para estos trotes: el viejo desvariaba, la vieja le hacía segunda, quién sabe si por amor o por mera imitación. Me acordé de mis abuelos, a los que no conocí; por lo que mi padre contaba de ellos siempre pensé que así había sido mejor. Me dieron lástima y les repetí que se fueran, que no se expusieran tanto, que la ciudad no era segura. Tome nota de sus señas, por si había que llamarlos a declarar.

Esa noche y las siguientes fueron terribles. Soñé tiburones que parían fetos de niño. Peces con miembros humanos. Seres con garras y plumas. Todos carecían de ojos y jalaban detrás suyo una suerte de cordón umbilical. Nunca había sido muy afecta a las películas de horror, pero al despertar supe que no iba a volver a ver una jamás. Para colmo, esa misma tarde hubo otra muerte. Fue en el parque, con marcas de ventosas por doquier. Pechos, cara, manos, todo en un estado lamentable. Le habían arrancado ojos y



lengua, todo desde la raíz. Mientras me alejaba de la escena vi a los viejos en la esquina, pero ya no me sorprendí. Inmóviles, esperaban junto a un farol cuya luz les llovía sobre las cabezas y creaba a sus pies una sola y única sombra monstruosa.

—Detén el auto— le indiqué a Miguel.

Me bajé dispuesta a arrestarlos, pero de camino me acordé de que no llevaba yo una orden, y de cualquier forma ellos no parecían tener intención alguna de escapar. La vieja, al contrario, me tomó de las manos y me entregó una estampita:

—A ver si le hace el milagrito, agente, pero debe tenerle fe.

Era una virgen muy rara: conchas en el manto, algas en las alas, de pie sobre algo que parecía una piedra.

—La niña—susurró el viejo— ¿De veras todavía no lo ve?

Tiré al suelo la estampita, aunque luego lo lamenté. Pura superstición, desde luego. No que yo creyera en santos, vírgenes o diosas, pero las circunstancias no estaban como para arriesgar.

Mi semana fue atroz de todas formas. No podía sacarme de la cabeza lo que me habían dicho los viejos, lo que yo sentía que habían querido insinuar. En consecuencia, ahora veía yo amenazas por todas partes. Nadie me parecía de fiar; incluso mi sobrina, que vino a verme con mi hermano una tarde de éstas, me pareció diferente. Algo le pasaba en los dientes, en los brazos, a lo mejor era que estaba creciendo. Pensé que se convertiría en algo espantoso. Me acordé de mi propia adolescencia, de cómo me fui haciendo mujer, de la forma en que se me acabaron las pocas gracias que tuve de pequeña. Una mañana vomité grumos acuosos que formaron patrones circulares en el agua del excusado. Llamé al jefe, para reportarme enferma.

—Mal día, Estela— me dijo aquél—El asesino volvió a atacar, y la que mejor lo conoce eres tú.

Más tardé en llegar al lugar de los hechos que en arrepentirme de ello: el cuerpo, en un parque de la misma colonia, estaba destrozado, como si algo lo hubiera masticado, digerido prácticamente antes de regurgitarlo. Por todas partes había manchitas púrpuras, flagelos que se movían en el agua viscosa de los charcos. Algo empeoraba, pero yo no sabía qué.

Entre los que trabajábamos en ello algunos le empezaron a decir el pulpo, por lo de las ventosas, claro está. A mí la idea de un pulpo que se paseaba por la ciudad me daba más risa que miedo; era como decir Godzilla, Mazinger Z, Calamardo. Creyéndome detective de serie gringa me puse a buscar en la biblioteca para ver qué averiguaba. No encontré nada serio sobre pulpos que mataran gente. Cuentos, esos sí, de escritores de nombres que yo no conocía de nada y cuya lectura enseguida abandoné. ¿De qué me



iban a servir esas historias de cualquier forma? Mi asistente dijo que, si quería saber de pulpos fuera al museo, al sur de la ciudad. Yo no me paraba por ahí desde que llevamos a mi sobrina, de eso hacía muchos años. De niña nunca tuve esos goces porque la idea de diversión que mi padre tenía empezaba y se acababa en las tardes de copas, en las cantinas llenas de borrachos, en las palizas sólo porque sí. Pero era mi día libre, así que tomé el metro y el camión y hasta allá me lancé.

El museo me pareció descuidado, feo, seguro les faltaba presupuesto como en el resto de la ciudad. El tanque de los pulpos estaba al fondo. Me pregunté con quién vendría mi asistente, si tenía hijos, una novia con un niño al que se veía en la obligación de complacer. Los animales (¿qué eran, a todo esto? Peces no, seguro; mis conocimientos de biología de plano andaban muy mal) me miraron desde adentro con lo que me pareció inteligencia, como si me quisieran decir algo que no entendí.

Entonces, casualidad o consecuencia, aparecieron los viejos. Los hallamos en su casa, al otro día, a dos calles de aquel primer lugar. Ya se habían llevado los cuerpos cuando me puse a mirar el entorno: fotos por todas partes, criaturas espantosas, ilustraciones de animales negros, rojos, con probóscides que resplandecían en la oscuridad. Libros de biología por doquier. Tanques llenos de algas que apestaban. Algunos diplomas de universidades de las que yo nunca había oído hablar. El viejo, por lo que deduje, debía haber sido alguna vez alguien importante, quizá un antiguo profesor caído en desgracia. Allá, al fondo del cuarto, brillaba una suerte de altar donde reconocí a la virgen de la estampita acompañada de un ser de una especie que no debería existir. Y ahí, en la penumbra del cuarto, estaba ella, por supuesto, la niña, quiero decir. Tenerla enfrente fue de pronto como descorrer el velo, atisbar en lo prohibido, ver cosas que uno no sabía que ahí estaban. La muerte, la tinta, pensé, no sé por qué.

—¿Qué eres? — le pregunté, sabiendo que no habría respuesta.

Ella sonrió, sacó la lengua, giró la cabeza como en las películas de posesas y avanzó de espaldas en mi dirección. Sin creer en el diablo ni en esas tonterías igual me persiguió. Algo en la niña tronó y se retorció, y cuando abrió la boca le brotó un tentáculo viscoso, negro, con algo ganchudo en la punta. Estuve a punto de gritar, pero me aguanté. ¿De qué, si no, serviría haber sido policía por tantos años? ¿De qué, pues, haberse preparado siempre para lo peor? Porque a una le debe tocar algún día, y nadie dirá que yo me rajé. Pensé con cansancio en mi padre, en mi departamento barato, en los hijos que no tuve ni iba a tener. Pensé en esta ciudad de mierda que de todas formas se moría. Entendí que tarde o temprano esto estaría por todas partes, poco importaba lo demás. Lo que de la boca de la niña salía reptó entre los muebles, se deslizó por el suelo, se alzó inmenso en



el aire en un movimiento tenaz. De afuera alguien gritó Jefa, ¿estás bien, nos necesitas?, Jefa, abre la puerta ya. Yo cerré los ojos y fingí no escuchar.



LA GENTE DEL RUIDO

MAXIMILIANO E. GIMÉNEZ

La extensión de las pampas, sostiene Head, es tan prodigiosa que al norte las flanquean bosques de palmeras y al sur, nieves eternas. Omite, sin embargo, que la habitan fuerzas ancestrales para las cuales los hombres no son más que juguetes o muñecos, grasa, barro. Frente a esos poderes no es posible la oposición, ni la negociación, y el desgraciado que sobrevive a su encuentro lleva su marca, como la sombra que augura un fatídico sino.

Llevábamos días sobre la meseta, a medio camino entre Yeuterneke y Drofa Dulog, en un campamento de relevamiento planimétrico para la ampliación del tendido ferroviario. Los ingleses habían instalado las viejas trochas, pero siguiendo los caminos trazados por los indios, y antes aún por los cazadores de megaterios que enfrentaban espantados las constelaciones australes, sus puntas de sílex amarradas con piel humana; todavía ahora el hechizo de las antiguas sendas impregnaba las planicies, reflejándose a través de la desolación barrida por el viento como las espinas de un fantástico fósil. Yo soportaba estoicamente las penurias del vivac, engañándome con la promesa de que mis escuetos diálogos con los gauchos que arreaban los rebaños constituirían la base de esa monumental Mitología meridional que ya llevaba tres páginas de apretada prosa. Pero mis modales de bachiller y mi atuendo almidonado provocaban la burla de los paisanos, que sólo dejaban caer alguna frase al escucharme hablar, sorprendidos, el tehuelche académico al que mi enciclopédica curiosidad me había conducido.

Los indios llegaron al anochecer, entre los parches de nieve que manchaban la estepa. Parecían aterrados y permanecieron fuera del campamento, frente a las lenguas inclinadas de las llamas que se retorcían en el fogón. Altos y fieros, murmuraban un idioma gutural intercalado de sonidos ásperos; cada tanto las viejas y los niños del grupo lloraban y gemían quedamente. Entre ellos, una mirada me hipnotizó, unos ojos plenos de ternura que me atravesaron mientras levantaba mis notas como una lanza de tacuara a la tierra erosionada. Akainik se llamaba, y venía del lugar donde el cielo se une con el mar. Pero la tribu estaba maldita.

Escapaban desde el sur, diezmados por una sucesión de masacres humanas y sobrenaturales. Los mapuches que servían en el campamento conocían de las primeras,



pero evitaron todo contacto con los recién llegados en cuanto los escucharon hablar de los walchekenk. A mí, en cambio, el término me dio intriga y me metí entre los toldos. A ellos atribuían los descuartizamientos e incluso la desintegración de los cuerpos expuestos a los elementos, bajo la acción de fuerzas inconcebibles que se anunciaban por un tronar de voces, como horrendos sonidos de bestias. Los mapuches no tardaron en discutir con el ingeniero Parrish, que había intercedido para incluirme en el relevamiento, y se retiraron a deliberar cerca de los caballos. Yo conocía la leyenda aonikenk del gigante Nosjthej y la mujer-ratón; la historia de cómo Kwanyip, el héroe shelknam, había traído al mundo la muerte verdadera; y el cuento yámana del niño que sin saberlo devoró a su padre, el lobo marino; pero aunque nunca había oído hablar de los walchekenk, no se me escapaba que si bien la palabra podía ser traducida del teushen como "gente que grita" (walche=griterío, kenk=gente), para los mapuches se asociaba al temible demonio Walichu, que enferma y corrompe al hombre hasta destruirlo.

Al amanecer, los mapuches se habían ido con los caballos. Al caer la noche Parrish estaba muerto, o algo peor.

Akainik me había insistido desde temprano para levantar el campamento. Me acorralé entre dos carpas, su rostro junto al mío, susurrando en su media lengua sobre los terrores y maravillas de un mundo pretérito. La gente del ruido era la vida de antes de la vida, me dijo, y el retorno de los monstruos que bufan bajo tierra, revolcándose en sus huesos, remontando arcaicas huellas. Habían acabado con su tribu y acabarían devorando los pueblos y las lenguas, como una marea negra brotando del cascarón roto del mundo. La cercanía de su cuerpo me embriagaba, un perfume salvaje y mineral que los lagos de sus ojos desmentían.

-Vámonos ahora- me pidió, su negro pelo flotando entre el humo y la pelusa dorada de los guanacos-. Los walchekenk ya vienen.

Parrish me respondió que eran boludeces de los indios, que el trabajo había que terminarlo, y me mandó en dirección a Glyn Du para buscar a un puestero que trajera una tropilla. Quise despedirme de Akainik, pero no pude encontrarla entre el movimiento de las carpas que se desarmaban. Partí: desde la distancia, vi acercarse la catástrofe.

El cielo nuboso se revolvía hacia el sur como una masa de intestinos, los gruesos vellones de un gris azulado parecían hervir y contagiarse hasta tomar el horizonte. La tierra se balanceó, se rajó. Corrí de regreso hasta sentir que el pecho me estallaba, grité, quise llegar antes pero no podía.

El campamento estaba revuelto, retorcido y en jirones: los hombres, las carpas, las bestias, reducidos a fragmentos y esparcidos en la llanura como un confetti abominable.



El estupor me anonadó. Anochecía y las conchillas levantadas por el viento me daban en la cara. No podía clamar, no podía llorar, y estaba solo. Comenzó a nevar.

Me acurruqué entre los matorrales aplastados, intentando protegerme de las gélidas rachas en un resquebrajado labio de arena que alcanzaba apenas a asomar su borde. En el horizonte retumbaba un alboroto de bramidos y gruñidos, risotadas y silbidos. Me adormecí. La ceniza de antiguos volcanes me cubrió. En mi sueño Akainik levantaba una antorcha y el arcoiris se alzaba sobre la estepa como un puente, como un ojo. Caminé hacia las siluetas informes que colgaban como túteres, tropezando, hasta que caí de bruces frente a un fuego, rodeado de voces.

El sueño era verdad. Akainik me había guiado hacia su tribu y su cuidado. Pero la pesadilla también era cierta. Había que partir, alejarse hacia las montañas, donde los espíritus de las cumbres protegerían a los que quedaran. Me arrastraron por las dunas o me llevaron en brazos, porque deliraba y mis pies estaban muertos. Akainik permanecía a mi lado y me rodeaba de flores, o de piedras; alerta y altiva como una princesa atlante, los monstruos la perseguían para aniquilar su linaje; el mundo estaba dado vuelta y los minúsculos puntos que eran los hombres corrían en cualquier dirección sobre la tensa membrana de su superficie; "walchekenk", comprendí, no significaba sino "la gente del walicho", o más precisamente, "el pueblo de los demonios". Al atardecer volvieron a atacar.

Escapamos a través de las lomas entintadas de sulfuro y herrumbre, de la tierra brotaba la sangre de los muertos y daba forma a espantapájaros, o marionetas, bultos y andrajos que se estiraban en todas direcciones. Bajo la nevazón nos refugiamos en el hombro de un barranco, la cordillera parecía inalcanzable. Akainik me guareció bajo su poncho: su voz en la noche inmensa era un pábilo diminuto alumbrando su infinita piel, mientras afuera aullaban los diablos y sacudían la tierra como una barca. Subimos más arriba entre las rocas, las voces nos seguían, enroscándose en las grietas, derramando su locura, atrapándonos de a uno.

Al amanecer alcanzamos la cumbre. Sólo quedábamos nosotros y los rayos del sol nos lastimaban los ojos sobre la ladera nevada. Masticamos carne seca y el vidrio virgen de la nieve nueva, que nos quemaba la garganta; por un momento, me creí a salvo. Tendido sobre el blanco sudario dejé que el azul del firmamento me colmara, negra la tez de hollín, duro el cabello como si el mundo me hubiera estallado delante. Cuando me desperté, Akainik se había ido.

Nunca volví a las llanuras. La sola visión del horizonte me llena de pavor, y el muro de los picos andinos cerrando la perspectiva impide que mi ser se lance al aire y se disuelva. Tengo la certeza de que Akainik se salvó, y que nuestro hijo concebido entre las cumbres tendrá el poder para vencer a los demonios, para extinguir el resplandor malsano de sus



rutas en la tierra. Espero que ese combate nunca suceda. Quizá sólo el océano ahogue el horror, el día no tan lejano en que las pampas se inunden con la basura de todos los mares y un destino más sombrío amenace al mundo entero. Mientras tanto escucho el silencio, alerta, y jamás duermo.



CAUCHO NEGRO

DAVID KOLKRABE

1.

Dos soldados entraron a la casa. No tocaron la puerta, ni pidieron permiso, sino que la forzaron de una patada y uno de ellos ordenó que nos presentáramos. Yo estaba con papá y mi hermana en casa. Mamá se había ido al mercado. María y yo veíamos la televisión, mientras papá descansaba en la vieja hamaca que colgaba de las columnas de guadua. Se levantó descalzo y así acudió al llamado de los hombres.

—¿Cuántos años tiene, civil? —preguntó uno de ellos con un grito y en posición firme. El otro recorría la casa; buscaba si había alguien más.

—31 —dijo papá.

Vivíamos en el extremo del pueblo, al límite de las fincas cafeteras. No había vecinos a un kilómetro a la redonda. Los grillos se escuchaban con fuerza, al igual que el viento golpear contra los platanales. Era un día caluroso de julio. Yo estaba solo con una pantaloneta y María tenía una falda corta que dejaba ver sus piernas de adolescente.

—¿Y ellos?

—El niño tiene once —titubeó. En realidad, yo tenía trece—. Ella, quince.

El otro soldado se acercó a nosotros por detrás. Sentí su respiración y el aura del rifle que tenía en las manos. Caminaba con paso firme y sus pesadas botas hacían crujir el piso de madera. Teníamos miedo de mirarlo; desde que entró, vimos su mirada oscura y vacía, una mirada de odio. Exhalaba como un toro. María temblaba y tembló más cuando le resopló en su cuello. La olió.

Quedé paralizado sin poder voltear, pero por el rabillo del ojo vi algo que hoy me cuesta creer. Junto al soldado había una figura oscura, de un negro abismal que le susurraba en la oreja. No entendía sus palabras, pero las escuchaba claras, como si también me las dijera a mí. Sentí que la sangre se me fue del cuerpo. Mi cuerpo no reaccionaba ante el deseo de echarme a correr.

—Civil, usted se va con nosotros. Despídase de sus hijos.



Papá no dijo nada. Aquellos hombres con sus rifles en las manos, sus botas negras de cuero y sus uniformes verdi-oscuros nos intimidaban. Una sensación de pesadez hacía imposible movernos. En él era extraño. Lo recuerdo como un hombre impulsivo, pero ese día, justo en el que necesitábamos que reaccionara, no hizo ni dijo nada. Actuó como un borreguito que aceptaba su destino. El otro soldado se separó de María y empujó con violencia a papá por la espalda.

—Andando, pirobo.

Lo vi salir de la casa sin despedirse, sin girar la cabeza y echarnos una última mirada. Era un hombre temperamental y creo que así deseaba que lo recordáramos. Creo que él sabía para dónde lo llevaban, pero no quiso hacernos ver que aquello le afectaba. Lo subieron a una camioneta militar y cerraron el compartimiento. Nosotros seguíamos sin movernos, con las piernas temblando y las manos frías.

El soldado regresó. Vi su mirada fija en mi hermana y una breve sonrisa que exponía sus dientes. Se echó el rifle para atrás y agarró a María de la mano.

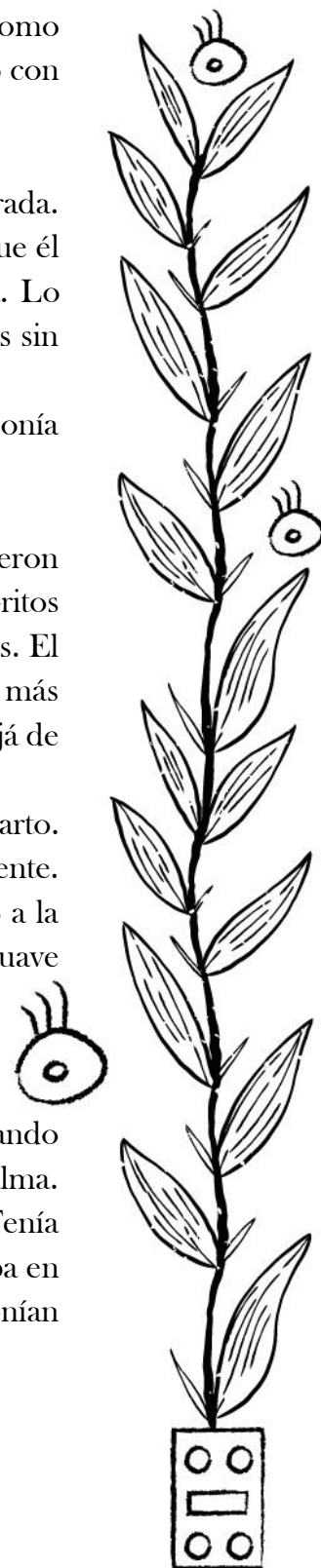
—Vos venís conmigo, perrita.

La arrastró hasta mi cuarto entre gritos y pataleos. No pude hacer nada. Me dieron ganas de vomitar, pero ni eso pude hacer. Gritos agudos, desgarradores, feroces. Gritos graves. Un golpe. Otro golpe. Callate, malparida. Ropa rasgada. Qué téticas tan ricas. El rechinar de la cama. Muchos más gritos. Quedate quieta. Un golpe. Silencio. No más gritos. Un quejido de dolor. Llanto. Respiración de toro, de búfalo, de demonio. Dejé de llorar. Gemidos graves, agudos. Silencio.

No olvidé su mirada sobre mi hermana y cómo babeaba antes de llevársela al cuarto. Tampoco su sonrisa de satisfacción cuando salió y el sudor que caía por su frente. Apestaba a mierda y sangre. No dijo una palabra. Se organizó el pantalón, se subió a la camioneta y se fue. Me quedé petrificado en medio de la sala. El viento golpeaba suave contra la casa y se escuchaba el trinar de los barranquillos.

2.

Aquel recuerdo rondó mi cabeza por años y no me dejó dormir largas noches. Cuando creía que no me volvería a molestar, me atacaba sin piedad en los momentos de calma. El rostro del soldado me llegó en imágenes esporádicas a lo largo de esta década. Tenía una cicatriz delgada que le atravesaba una ceja; su nariz regordeta y achatada encajaba en el rostro blanco y lampiño; sus dientes estaban torcidos y, los de enfrente, se superponían uno al otro.



María no habló por días. Comió poco y se puso en los huesos. Tardó en regresar al colegio, y si lo hizo, fue porque mamá, con su paciencia infinita, la sacó de la en la que estaba sumergida. Papá no regresó. Un día recibimos una llamada de un militar. Le pidió a mamá que fuera al hospital por su esposo. Malparido. No era un hospital sino una morgue, y no quería que lo recogiera, sino que identificara el cadáver.

La acompañé. Si hubiéramos sabido la verdad, no me lo hubiera permitido. Lo tenían en una camilla. Un agujero gangrenoso en su pecho dejaba ver la carne podrida y la sangre negra. Traía puestas botas de caucho, un uniforme de camuflaje para la selva y la bandera de Colombia en su brazo izquierdo.

—Señora —le dijo el militar que nos recibió—, fue abatido en combate en un operativo contra la guerrilla.

Mamá no respondió. Miró al soldado, a papá y a su ropa. Como si no hubiera escuchado, revisó con calma el atuendo que vestía.

—Estas botas le quedan grandes —murmuró.

3.

Por años soñé con la venganza. Me mudé a otra ciudad, lejos de mi pueblo, cuando mamá murió. María contrajo matrimonio y yo me enamoré de una costeña que me llevó a vivir a su ciudad. Los peores días pasaron y los terrores nocturnos se esfumaron. Mi hermana me dio dos sobrinos y se veía feliz en su matrimonio. El mal recuerdo casi se había esfumado.

El destino, sin embargo, es un ente cruel que detesta la felicidad. Una foto que vi un día en Facebook me llamó la atención. La encontré en la página del municipio por la celebración del día de San Epafrás. Un grupo disfrutaba de una fiesta en la piscina. Al fondo, un hombre de unos cuarenta años agarraba una cerveza y sonreía a la cámara. Sus dientes chuecos eran inconfundibles; su nariz deforme me produjo repulsión. Sus ojos, sin embargo, mostraban cierta tranquilidad, como si no fuera el monstruo con el que tanto soñé.

No puedo explicar cómo obtuve tanta información, pero en media hora ya sabía su nombre, dónde vivía, quiénes eran su esposa y su hija... Descubrí que lo habían pensionado porque perdió un dedo del pie con una mina antipersonal. Lo indemnizaron y dedicó su vida a la fiesta y a su familia.

Las fantasías regresaron a mí. Digo que el destino es cruel porque ese malparido vivía en la misma ciudad que yo. ¿Acaso eso no demostraba que debía vengarme? ¿Qué Dios mismo quería que lo hiciera? Mis músculos se tensaron, la ira me recorrió los huesos y por mi mente pasó la idea de tomarlo de cuello y apuñalarlo con saña.



Entré a su casa un día que estaba solo con su hija. No lo planeé; así ocurrió. No miento si digo que actué por instinto, sin pensar, como si una mano divina me moviera y tomara las decisiones. No racionalicé mis actos; todo sucedió como si aquello lo hubiera planeado por meses.

Su hija dormía. Entré a la habitación despacio, sin hacer ruido. Caminé de puntitas sobre la alfombra. Me recordó a María el último día que vi a papá vivo. Estaba en la cumbre de su adolescencia y vestía una pijama que dejaba ver sus gruesos muslos.

Lo encontré dormido en su cama. Roncaba con fuerza. Tenía una pistola en la mesita de noche y una biblia. Despertó cuando tomé el arma, pero lo golpeé con la empuñadura antes de que reaccionara. Lo até a una silla y tapé su boca con un viejo trapo de cocina que olía a huevo. El calor era insoportable. Afuera se escuchaba la brisa y las olas golpear contra las rocas.

Abrió los ojos e intentó escapar. Su respiración se agitó. Las facciones del rostro mostraron un terror absoluto. Palideció. Se echó para atrás con fuerza en un intento fallido por zafarse. Se puso rojo, las venas se le brotaron y se orinó encima. Supuse que me había reconocido y que sabía de mi venganza. Gimió al intentar gritar.

—¿Sabés qué día es hoy? —dije y le di un puñetazo en la cara—. 20 de julio.

Se quedó callado. Caminé hasta la cocina y busqué los cubiertos. Tomé un afilado cuchillo para carne.

—Hace diez años desapareció papá —rocé el filo en su rostro—. Hace exactamente diez años, violaste a mi hermana.

Miré alrededor. Como no tenía nada planeado, busqué alguna idea para torturarlo. No hallé nada útil: una chimenea falsa, un espejo, cuadros, un sofá. Algo, no sé qué, me impulsó a hablarle en su cara.

—¿Cómo querés morir?

Estaba pasmado. No reaccionaba ni emitía quejas. Me seguía con los ojos, pero sin mover la cabeza, como si viera un monstruo.

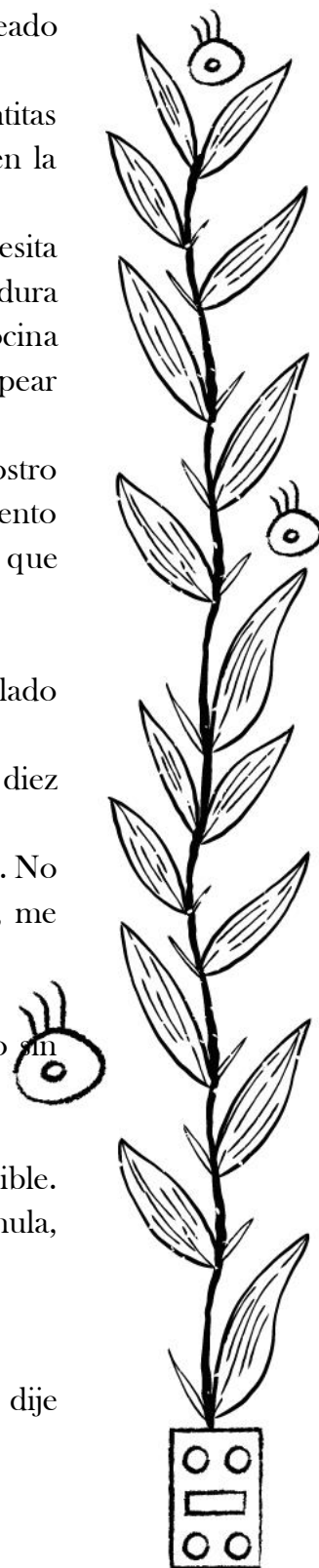
—¿Recordás ese día?

Negó. Le escupí en el ojo, sobre su ceja. Ahí estaba esa cicatriz: delgada, inconfundible. Corté sobre ella. No gritó. No gimió. Miró hacia el cuarto de su hija. Estaba ahí, trémula, observando y sin decir ni hacer nada. Estaba paralizada.

—Quedate ahí. No te movás —le grité.

Se escondió en su habitación.

—¿Querés ver cómo hago con tu hija lo mismo que hiciste con mi hermana? —le dije después al exsoldado.



La ira me inundó. Recordé cómo ese hijueputa abusó de María y todo el daño que le causó. No le perdonaba que desapareciera a papá, ni que lo hiciera pasar por guerrillero para ganarse unos pesos.

Me imaginé destajando al soldado, retirándole la piel de a poco hasta que lo cubriera únicamente la carne. Me imaginé sobre la niña. Ella gritaba desnuda, mientras yo entraba y salía de ella frente a su padre. Me imaginé cortándole el pene al exsoldado y obligándolo a comerlo. Cosas mucho peores llegaron a mi mente, pero me avergüenza contarlas.

Salí del ensimismamiento y vi mis manos llenas de sangre. El hombre tenía cortes en el pecho, el codo y las rodillas. Tenía rotas las articulaciones. Su entrepierna sangraba a chorros y, en el suelo, había dos bolas y un pedazo de carne. Retrocedí con pánico. ¿En qué momento ocurrió todo eso? Miré a mi derecha y lo vi de nuevo. Diez años después. Una figura más negra que el vacío susurraba en mi oído. Era alta, delgada y se encorbaba hasta mi altura. Me miró a través del espejo. Continuó hablándome sobre el hombro. De pronto, la habitación se oscureció. Volteé a mi espalda; no había nada. ¿Cuánto tiempo me había acompañado? La carga sobre mis hombros se hizo insostenible y mis manos se tensaron hasta dolerme los músculos. Me sacudí con fuerza y regresé la vista al espejo. El ser había desaparecido. Miré al cuarto de la niña y vi la ventana abierta. Se había escapado. El hombre estaba sin fuerzas y sin control de sus extremidades. Lo desaté. Por primera vez, me miró sin miedo.

—No recuerdo a tu hermana —me dijo con sus últimas energías—. Sólo seguía órdenes.



SAZÓN A SANGRE

LILIANA PATIÑO

Cuando recuperé la conciencia, varios hombres hacían fila frente a mí. Yacía desnuda en un catre de lienzo impregnado de un desagradable olor a sudor y a orina. Estaba sujeta con una cabuya, a los barrotes de una ventana. Transitaron por mi cuerpo uno por uno, y a veces de dos por turno. Luego reanudaron la ronda. A medida que la mañana avanzaba, más hombres se sumaban a la fila.

Rogué estar muerta debido al ardor que me carcomía las tripas. Ríos de fluidos salían de mi cuerpo y una bandada de moscas se posaba en los charcos que formaban. Los hombres, vestidos con uniformes militares, engullían mis pezones dentro de sus bocas y los dejaban cercenados. Cuando sus gotas de sudor maldito caían sobre mis heridas, el ardor me hacía llorar.

Pasearon por mi cuerpo con sus manos llenas de sangre propia y ajena. Aniquilaron mis entrañas con puntas de metralletas, con picos de las botellas de cerveza y con alambres de púas que solíamos usar para hacer los criaderos de gallinas. Cada accesorio de su imaginación sobre mi cuerpo era parte del juego macabro que me convertí para ellos. El calor intensificaba el ardor de mis mejillas. Cada hombre significaba varias cachetadas. Cada turno consistía en varios mordiscos lacerantes que me arrancaban la piel y dejaban el músculo expuesto. Vi a uno escupir un trozo de carne de mis nalgas y arrojarla al piso para que los perros se la pelearan.

No dejé de respirar el aire húmedo con sazón a sangre. Era como si el río contiguo al pueblo se transformara en un torrente carmesí que se evaporaba con el sol del mediodía. Cada hálito mío era una frustrante vuelta a la vida. El gazzate reseco se negaba a soltar algún grito, y las fosas nasales llenas de mocos traicionaban mis sensaciones, porque impedían que el aire enrarecido llegara a mis pulmones. Desde afuera, llegaban los alaridos que el viento traía en un vaivén desordenado. A veces, traía los gemidos de los niños que pataleaban en la arena. En otras, traía los murmullos de otras mujeres impedidas para hablar, pero que sollozaban por las heridas de sus cuerpos desnudos. Al final, trajo el sonido apenas perceptible de la planta eléctrica que encendieron antes de la hora acostumbrada.



Desde esta habitación fresca, de amplios ventanales y vistas hacia el jardín, me dejo seducir por esa cabuya que cuelga. Es perfecta. Luce serena y delicadamente lubricada. Ondea con esbeltez, un nudo corredizo de medidas precisas. Se ha convertido en mi santo favorito y en la destinataria de todas mis sonrisas. Su presencia relaja mi cuerpo y suaviza los latidos de mi corazón. Esa cabuya de color ocre tiene cautivadas a mis ansiedades. Mi estómago revolotea cuando se mece por las suaves brisitas que se cuelan por la ventana y refrescan este momento de amor.

Llevo varios días contemplándola, desde que decidí colgarla como la decoración más hermosa de esta casa. Es un nuevo lugar al que he llegado, pero realmente no recuerdo quien me ha traído hasta aquí. Sin embargo, he decidido aprovechar cada momento de seducción con esta cabuya de fibras de nylon que sobresalen con ganas de hacerme cosquillas. Cuando los sonidos de esta nueva casa desaparecen, me desnudo para bailar bajo esta cabuya alegre que contagia mis días con un encanto puro.

Era para encender las motosierras. Los escuché tirar de la cuerda de arranque y prender los motores. Recordé en ese momento que algunas semanas atrás, vi llegar un cargamento de motosierras adquirido por algunas de las familias más adineradas del pueblo. No entendí para qué, ya que no somos un pueblo de talar árboles. Deben haberles vendido esas motosierras a estos monstruos, justo para este día. Sin duda, con una muy buena rentabilidad.

La sensación de la carne y los huesos cercenados traspasaba las paredes y llegaba a mis oídos. Replicaban de dolor junto al zumbido de los motores. Podía escuchar cuando lograban amputar un brazo o cuando seccionaban la pelvis de las mujeres. El sonido de la cuchilla penetrando en los huesos de la gente que conocía alborotaba mi estómago. Vomité en el rostro de un militar. Desenvainó su navaja. Me cortó la cara.

¿Quién interrumpe este bello momento? Hay un ruido en esta casa. Es de nuevo esa sombra que me persigue todos los amaneceres y todas las noches. Parece un hombre alto, pero está recubierto con un aura ennegrecida y no le reconozco la voz. Sigue mis pasos nocturnos, toca la puerta cada vez que entro al baño y se acuesta a mi lado cuando me dispongo a dormir. Lo oigo decir que me ama, que está ahí para que dejemos el pasado atrás, que olvidemos tanto dolor vivido en el pueblo. Cuando intenta acariciarme con sus dedos traslúcidos, los rechazo con fuerza. A veces, logra tocarme y en ese momento,



siento una quemazón en la piel. Hoy ha dicho que es nuestro aniversario y que haría una cena especial. Me hizo esperar un buen rato en la mesa, mientras la desesperación corroía mis pensamientos. Cuando trajo los platillos, era un menaje de gusanos revueltos con maíces podridos. Solo deseo que venga pronto el amanecer para que vuelva a irse.

8

Se armó una pachanga macabra en la plaza. Identifiqué el sonido de las tamboras, de una guacharaca y las maracas de las novenas de los niños. Varias voces que conocía gritaron números al azar. Cuando terminaron de decirlos, sonó una cumbia para presentar al ganador. Al final, un disparo. Se oían los alaridos de unos y los aplausos de los otros. En ese momento, el militar que estaba encima de mí interrumpió sus bestiales movimientos y también aplaudió. Miré hacia la fila y acababa de reanudarse la ronda. Rogué al cielo que acelerara mi muerte y finalmente le hablé con susurros al que acaba de meterse en mi cuerpo. Le pedí que por favor me matara. Se carcajeó sobre mí y sus babas apestosas se escurrieron en mi pecho. Las recogió y las metió con sus manos sucias en mi boca.

8

¿Llora un bebé en esta casa? Salgo del cuarto donde convivo con mi cabuya para buscar ese llanto tan perturbador. Todo está oscuro y no encuentro ese bebé. Necesito callarlo. Recorro los pasillos de esta casa imposible que ahora es un cúmulo de neblina negra. El llanto se vuelve más penetrante. Corro desesperadamente por cada cuarto, azoto todas las puertas y no encuentro ese fastidioso niño. Su llanto me carcome los tímpanos y me indigesta. Sus alaridos me producen asco y afloran mis temores. Necesito sacar a ese bebé de esta casa, no soporto su presencia. Aún no lo encuentro. No lo he visto y ya lo odio.

8

El sereno de la tarde calmó los eventos de la plaza. No volví a escuchar ninguna voz conocida. La humedad trajo una suave brisa que calmaba la irritación de todo mi cuerpo. Escuché risas y choques suaves de botellas. Al frente mío, las rondas se agotaron y los militares acomodaron sus ropas llenas de sudor y semen. Yo ya no tenía cuerpo, solo era el regazo de una mujer que se evaporaba en los aires de la guerra. Mi vientre destruido no tendría un futuro maternal. Mi alma devastada nunca reconocería el amor. En ese catre, yacía una mujer desfallecida, que ya no tenía santos y tampoco tenía vecinos. Llena de sangre y babas, era el escarnio propio de un ser humano desechable.



He regresado a este lugar silencioso donde la cabuya engalana los aires con su presencia. Me llama hacia ella y, yo reverdezco en su seducción. Mi rubor se renueva y mis entrañas se relajan. Estamos tan cerca que puedo oler su esencia sonrojada. El ambiente se contagia de aromas a pieles descansadas y a flores de cementerio. Ahora ya nos hemos compenetrado. Sus fibras de nylon acarician en mi cuello y se enredan con mis cabellos sueltos. Me fricciona con fuerza la garganta y, yo lloro de amor. Escucho los serenos crujidos de mis huesos que se desintegran junto con el pasado. Esta cabuya providencial le ha devuelto la vida a mi cuerpo corroído. Mi aliento se desvanece. Mis ojos se escapan. Mis senos se fortalecen. Mi cintura se ameniza y de mi cara, desaparecen las cicatrices. Suena de nuevo el susurro dulce de una motosierra recién encendida. Y ese bebé, por fin, ha dejado de llorar.



EL MONSTRUO DE IZTAPALAPA

MIGUEL JARA MALDONADO

No entiendo cómo llegamos aquí. Un papá no debería vivir lo suficiente para enterrar a su hija. Aunque yo no diría que hoy velamos a mi Sarita, eso que está ahí es otra cosa más. Es algo desfigurado por culpa del monstruo de Iztapalapa, como le llamaron los noticieros. La privó de su libertad, la incomunicó del exterior, de su papá. No le dio comida durante los últimos meses de vida, sólo agua. Joel hizo que mi Sarita transfigurara en eso que está dentro del féretro.

Tropezando con los desamores del pasado, Sara fue a dar con ese diablo. El monstruo de Iztapalapa se hizo valer de medios que deben ser mágicos, eso es, brujería. Así la convenció de encerrar a mis nietas, Reque y Fabi. Tierna e inocente, pronto la encerraron a ella también. Ya se sabe, salió en todas partes, que Joel violó a mis nietas, que golpeó a mi nieto Toñito, que lo encarceló en un tinaco, que el muchacho, chambeador como su abuelo, se volvió miserable en cuanto Sara dejó entrar al diablo en su vida.

Eso no está ni próximo a ser lo más retorcido que pasó en aquel infierno. Si no me creen, cuenten los féretros, nueve ataúdes. Ocho cajas no tienen más que huesos, porque eso es todo lo que se encontró de mis tres nietos y los cinco bebés. Los nenecitos ni siquiera vieron la luz del sol, porque el diablo ese los encerró desde que nacieron. Todo lo que me quedaba de familia, hacinada en un cuarto donde apenas y cabía un catre y una cubeta para que depositaran sus meados. Todos menos Toñito, el niño del tinaco.

Pobres bebés, nacidos de las monstruosidades que les hicieron a mis nietas. Reque tenía doce años, a veces se ponía labial y decía que quería ser guapa como su mamá. Los pies se le salían de los tacones que robaba del guardarropa de Sara. No le quedaban bien y la hacían tropezar a cada rato. Fabi era la mayor. Recuerdo que en su fiesta de quince años me confesó que ya andaba de novia, pero tenía pena de decírselo a su mamá. Su abuelo era su héroe, siempre me contaba todo. Esta vez no hubo señal en el cielo. Nadie llegó para rescatar a Gabriela cuando Joel la tomó frente a su madre y sus hermanos. Ocho ataúdes, tres nietos y cinco bebés que nacieron acurrucados en la túnica harapienta de la muerte.

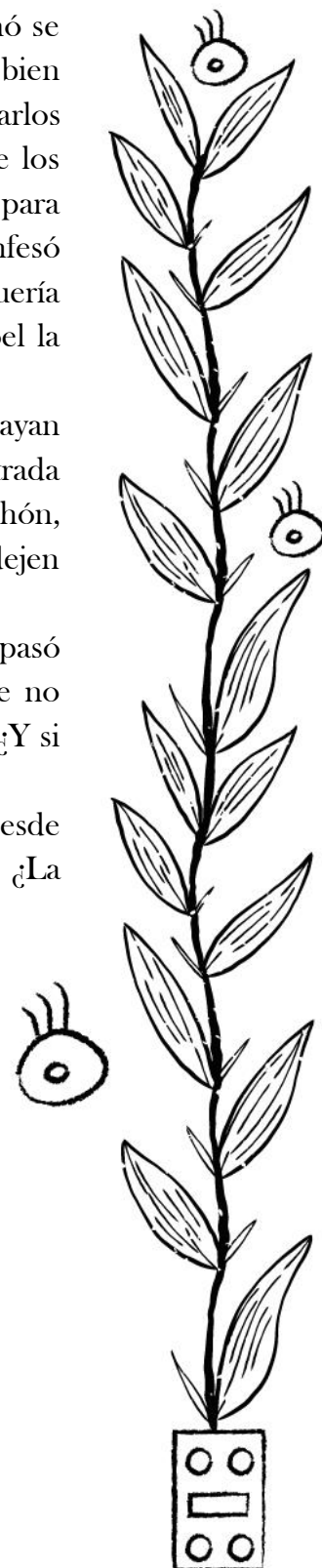


Por si mi historia todavía no les pareciera inventada, les cuento lo que los del MP me dijeron sobre por qué no encontraron más que huesos. Al llegar a ese infierno vieron una bestia calva, de piel casi transparente. Estaba en cucullas, masticando los últimos pellejos que sobraban de los huesos de uno de los bebés. Según esto, en cuanto los escuchó se dio la vuelta. Al ver las pistolas apuntándole a la cara no mostró miedo alguno, más bien parecía tener apetito. Se supone que la criatura brincó sobre ellos y trato de devorarlos como a los demás niños. Según que todavía alcanzó a apretar el brazo de uno de los oficiales, que no dejó marcas porque ya no tenía uñas de tanto arañar la puerta para intentar huir. Disque la acabaron de un tiro bien pegado en el pecho. Luego me confesó el forense que más bien la tundieron a balazos, a mi pobre Sarita. Ella sólo quería sobrevivir, tuviera que hacer lo que tuviera que hacer, porque ese demonio de Joel la encerró en el infierno.

No, no digo que lo que hay dentro del noveno féretro ya no es Sara porque la hayan visto así. Pasa que, desde que Sarita murió, a veces escucho un tamborileo en la entrada de la casa, a veces en la puerta de mi cuarto, a veces en las tablas que detienen mi colchón, a veces en la cabecera de madera. Como si una mano sin uñas rascara para que la dejen entrar, o más bien salir.

¿Quién sabe? A lo mejor y tiene que ver con el paradero de Joel. Nadie supo qué pasó con el desgraciado. Los oficiales estaban tan entretenidos acribillando a Sara que no cayeron en la cuenta del momento en que el verdadero monstruo se les escabulló. ¿Y si Sara me deja señales para encontrarlo? A lo mejor tamborilea cuando él está cerca.

Sh... Silencio. Escuchen. ¿Lo oyen? Es como si alguien tamborileara los dedos desde adentro de esta caja. No puede ser mi Sara, tiene que ser otra cosa, ¿qué será? ¿La abrimos para ver qué hay?



OTRO SIMPLE CUENTO DE MIEDO

SAMAEL SPEZIA

Y aquí estamos de nuevo, frente a las teclas, con el pulmón ardiente y el estómago frío.

No hay luna o relámpagos esta noche, que den candela a la sombra eterna, con la esperanza de insultar a nerviosos peatones supersticiosos.

No hace frío, ni siquiera hay una sola pizca de petricor en el ambiente y el viento está quieto, al ser riguroso en guardar cada uno de sus secretos.

Mis ojos pican, mis labios se pelan. Llevo casi cinco horas atorado en la misma labor: cortar y pegar, presionar enter y borrar, para tan solo decidirme en descartar todo lo que he escrito para volver a empezar.

Hay gruñidos en el patio, pero solo es mi perro, al que el cadáver de la vecina Ángela le ha parecido demasiado animado, como si aún nos pudiera amenazar, y le sigue atacando.

Ruidos extraños vienen de mi ropero, pero sé que tan sólo son gases que escapan de frascos de formol, donde se hallan: los fetos abortados que he coleccionado de mis novias a través de los años.

Mi smartphone suena, aunque de seguro llama otro de los tantos números encriptados y desconocidos que, al contestarlos, me dirán con voz distorsionada y cavernosa, que “tengo un lugar reservado en algún tipo de Naraka o infierno mal nombrado”.

Pienso que tal vez debería revisar bajo mi cama. El cadáver de mi padre, al que han invadido muchos tipos de mohos, casi siempre me ha servido de ayuda cuando carezco de inspiración, pero esta vez, no me responde y funge como un cómplice más de esta muda e infructífera noche.

Reviso entonces viejos periódicos o noticias en la internet donde si bien, nunca ha aparecido mi nombre, guardo seguimiento a mis obras y mejores juicios.

Sin embargo, los accidentes me son aburridos, las violaciones y mutilaciones podrían estar mejor hechas y por desgracia, los asesinatos más “personales” hechos en serie, carecen de la contundencia o encanto que producen hasta las más chapuceras masacres.



Ahora, sé que de seguro algunos de ustedes podrían llegar a pensar que el reconocimiento me acongoja, pero no, lo que me parece en verdad primordial es: la calidad en la ejecución.

Al final del día, pienso yo, que de nada sirve ser reconocido por algo hecho “al ahí se va” y que, a grandes rasgos, no deja una marca significativa, así como relevante, en la disciplina en la que se desea incursionar.

Tal vez soy muy romántico aún a pesar de que el mundo me ha demostrado como se resiste a la fuerza del individuo, ya que, este se retuerce bastante sin importar que tan bien intentes sujetarlo.

Pero bueno, parece que ninguno de estas divagaciones me ayudará a terminar mi labor: una historia aterradora para la convocatoria de mi editorial favorita.

Así que creo que lo mejor es ir a echarme un bocado de medianoche y descansar la vista. Mi refrigerador es como lo imaginan: impecable. Mantengo los vegetales en sus cajones, separados de los tubérculos y uso carbón activado en lugar de bicarbonato, además, me aseguro de que las carnes rojas como el cerdo, la res y cabrito estén separadas por completo de los productos marinos.

También guardo especial cuidado con carnes como el pollo o el armadillo, ya que suelen venir bastante más “olorosas” y estar aún más contaminadas, que varios tipos de pescado.

Sé que se me están yendo un poco las cabras, pero en serio me irrita que esta noche sea la cosa más frívola que jamás haya tenido para escribir. Además, sé que como lectores a lo mejor están esperando que utilice algunos de los alimentos que mencioné para hacerme de comer, pero, a decir verdad, solo me prepararé una tostada con la mantequilla casera, que fabrique con el cerebro de Ángela, y un poco de azúcar espolvoreada.

No sé porque nada parece satisfacerme, ni siquiera el aullido victorioso de mi perro que lo hace parecer un lobo, o los sabores agridulces que hay en mi tostada, desatan esa necesidad tan humana de plasmar una idea a través de las palabras.

Puede que no haya preparado de forma apropiada los sesos y su sabor no es tan intenso como me gustaría, pero sé que es imposible, ya que procuro seguir mis recetas al pie de la letra y repasarlas tres veces cuanto menos.

Quizá me estoy perdiendo de algo, pero igual ya anocheció e igual es muy tarde como para dar un paseo. Y si bien los infomerciales nocturnos son graciosos, sé que no me ayudarán a sentirme en sintonía con lo que necesito escribir.

Aunque, por otro lado, igual y puedo salir un rato, el panteón no me queda a más de veinte minutos caminando. Creo recordar que a Benito no le hacen revisión del estado



de las lápidas hasta el domingo. A parte con sus ocurrencias, los cadáveres pueden ser muy entretenidos.

Nunca olvidaré la primera vez que me besé con una mujer de ciento veinte años mientras Benito compartía sus querencias más profundas con uno de sus sobrinos, el cual para mí gusto, estaba algo incompleto.

Pero ¿saben? creo que mi mejor aventura con él fue cuándo expulsamos a palazos a uno de esos grupos dizque satánicos del panteón. Puesto que lo único para lo que sirven es andar matando animalitos que a los demonios les importan un pepino.

En mi experiencia, que más que nada se trata de conocimientos teóricos basados en el criterio del rey Salomón, es más probable que los demonios te encuentren a ti por ser puro, ingenuo o próspero, que por hacer un ritual nocturno con calidad de mala merienda.

Podría escribir acerca de los males de la religión, pero creo que hay personas más preparadas para ello.

Otra posibilidad sería de las múltiples carencias de la sociedad moderna, que hacen más fácil el acceso a las actividades de recreación de las personas como mi amigo Benito.

Ahora, hablar sobre maltrato animal me es impensable, puesto que adoro a mi perro más que a cualquier cosa en el mundo.

Los tumores al interior del cráneo de Ángela podrían resultar interesantes para alguien, pero no poseo el conocimiento anatómico necesario para elaborar una descripción que les haga justicia.

De mis novias ya les he hablado bastante a personas como mi vecina y me sería demasiado vergonzoso hablar de nuestras indiscreciones al público, así como tampoco sería muy grato exponer con detalle a mis muchachitos.

Sobre mi padre no me gusta hablar en general, es decir sus cultivos corpóreos son lindos, pero me es difícil contar cualquier cosa acerca de él o mi madre sin terminar escuchando voces en la habitación.

Creo que estoy justo como estaba al inicio, doy vueltas en mi cabeza, rumiano conceptos en un intento de que siquiera salga un poco de verborrea, que suene más o menos apropiada, en un intento de dar forma a todo lo que corregido.

Pero ahora que esto está dicho, solo quedamos la noche y yo. La fuente universal de los temores de la mujer y el hombre, que ha originado el pavor de miles de generaciones a través de sus misterios impuros o engendros de cacería tan sigilosos como perfectos.

Una fuente colosal casi inacabable, que contiene un número basto de secretos terribles por revelar, pero que, para mí; solo guarda silencio. Solo me mira fijo y envuelve sin un solo arrebato de violencia burbujeante o crueldad simbólica.



No me llama, no me grita, no me murmulla. Me incapacita de plantear cualquier idea de un nuevo horror con forma o un terror abstracto.

Como si la muy maldita no tuviera nada que decirme, como si sólo fuera la ausencia misma del vacío que da lugar a su existencia.

La noche indiferente, arrogante y callada me trata igual que a un cualquiera, como si no fuera capaz de escribir tan sólo otro simple cuento de miedo.



EL SEÑOR DE LOS MILAGROS

Jorge Santana

Las indicaciones que me dieron parecían claras, pero sin darme cuenta de pronto me encontré entre callejones angostos y casas con la misma arquitectura. Era una visita de paso al pueblo de mi abuelo. Acababa de fallecer recientemente y tenía que buscar unas cosas de su casa para llevarlas a la ciudad. Como la mayoría de calles no estaban pavimentadas, me estacioné a la entrada del pueblo y siguiendo mis recuerdos de infancia, me guie hasta la dirección que buscaba, sin éxito. Tras verificar que mi celular no tenía servicio, y preguntar en una tienda de abarrotes, me encontré perdido por aquellas indicaciones.

El día era uno de los más extraños del año, todo a mi alrededor parecía irreal. A pesar de estar nublado, el tono naranja del sol parecía venir de los costados e iluminaba con tristeza las calles. Me sentía perdido. Quise regresar por donde había venido, pero no encontraba el camino.

En su lugar, llegué al centro de aquel poblado, un parque en mal estado, con niños jugando en resbaladillas oxidadas, mujeres sentadas en bancas desgastadas, platicando animadamente. Esa no era la plaza del pueblo.

-Disculpe, disculpe - me acerqué a una anciana que pasaba junto a mí.

Llevaba en sus brazos un bulto envuelto en cobijas, parecía un bebé dormido, aunque no pude verlo. Pensé que era bueno que lo llevaran muy bien cubierto, porque el viento soplaba con fuerza, no había caído en cuenta que mis brazos estaban helados.

Sin embargo, la anciana no me hizo caso, su mirada estaba fija en la casa ubicada en la esquina del callejón. Caminaba con paso apresurado, como si deseara con todas sus fuerzas llegar a aquel lugar. Seguí con la mirada su camino. La casa estaba abandonada, o al menos eso parecía. La rodeaba un cancel que en años pasados sin duda fue blanco, pero ahora el metal oxidado lo había tornado naranja. Otras personas se acercaban con premura al lugar. Pensé que un accidente había ocurrido y seguí a la anciana.

Los vellos de mi nuca se erizaron con solo acercarme. La anciana ya se estaba posando frente al cancel, y para mi sorpresa se persignó. Los demás hacían lo mismo conforme se acercaban. ¿Con qué motivo?



Fue entonces que me percaté de lo que todos estaban viendo. En la cochera, cerca de la puerta de entrada había una mecedora balanceándose. Sobre ella se encontraba un hombre que parecía dormido, o al menos ese fue mi primer pensamiento. No tardé en descubrir que ese hombre en realidad era un cadáver; un hombre en estado de descomposición, con la ropa sucia y raída, un rictus de terror, párpados abiertos, pero cuencas vacías.

La gente a su alrededor parecía tranquila, en paz. Me encontraba expectante, aunque una parte de mí quería huir de ahí, pues no me explicaba qué fuerza sobrenatural hacía que la mecedora se estuviera moviendo plácidamente.

Mis piernas no reaccionaban, y aunque lo hubieran hecho, la gente a mi alrededor cada vez se apretujaba más para acercarse hasta el cancel. Estirando sus brazos, queriendo tocar a ese hombre. Entre ellos, distinguí a la anciana que llevaba el bulto de cobijas, dio un paso al frente, y lo levantó. Descubrió a un bebé pálido que parecía dormir, aunque tardé poco en darme cuenta de que el bebé también estaba muerto.

-Por la gracia del Todo Poderoso, aleja a Azrael de esta criatura - suplicó la anciana y para mi sorpresa, arrojó al bebé por encima del cancel.

Este cayó sobre el regazo del muerto y al tacto, el bebé comenzó a llorar. Había vuelto a la vida. La multitud empezó a llorar agradecida, a la par que aplaudían, pero yo me sentía aturdido.

La puerta de la casa se abrió con un chirrido, el silencio se hizo presente. Una mujer, anciana también, salió de ella. Caminó lentamente hasta el bebé, lo tomó en sus brazos y de manera delicada lo regresó a la anciana que lo había aventado. El bebé cambió su llanto por risas cuando volvió a estar con su abuela, y ella contenta, se marchó por donde había venido. Mientras se alejaba pude ver por última vez a aquel bebé resucitado, no se parecía en lo absoluto al bebé casi blanco que habían llevado.

La mujer dentro de la cochera volvió a entrar a la casa, sin decir ni una sola palabra. Los que observábamos al hombre guardamos silencio. Me sentía impaciente, necesitaba ver otro milagro, alguna señal de que lo que mis ojos acababan de presenciar había sido real. Murmullos desconcertados me sacaron de mis pensamientos.

Un hombre de la multitud había trepado el cancel y de un salto había entrado a la cochera. Todos pedían a gritos que se alejara, pero él hizo caso omiso. Se acercó hasta el cadáver en la mecedora, su rostro expresaba la devoción de un fiel creyente, pero al estar a menos de un metro del hombre, la mecedora se detuvo en seco.

El muerto se puso de pie, por más loco que parezca, les juro que ese cadáver se sostuvo con sus dos pies, abrió la boca y de su garganta comenzó a escucharse un ruido gutural, en segundos todo su cuerpo convulsionaba frenéticamente. Como en un sueño me vi



gritando asustado, junto a la multitud, pidiendo al hombre que saliera de ahí, que no molestara al Señor de los Milagros.

La puerta de la casa volvió a abrirse, la misma mujer volvió a salir, sosteniendo un rifle en las manos. Sin meditarlo apuntó al intruso y disparó limpiamente en su frente. El cuerpo cayó en la cochera, el Señor de los Milagros dejó de convulsionar, y lenta y delicadamente tomó asiento de nuevo, meciéndose apaciblemente.

Los gritos de los espectadores se cayeron y se convirtieron de nuevo en cantos y alabanzas. Nadie prestó atención en la mujer, quien antes de meterse miró a la multitud, amenazante, advirtiéndole que no volviéramos a invadir de nuevo más allá del cancel. Antes de entrar fijó sus ojos en los míos por varios segundos... No dijo nada y se perdió en el interior del hogar.

La sangre del hombre se había propagado hasta la banqueta, pero nadie parecía hacer nada al respecto. Ni siquiera yo. Ya no tenía voluntad para irme. Ignoré al cadáver y miré hacia la mecedora, sin darme cuenta entonces junto a la multitud cantos y rezos, a la espera del siguiente milagro.



AUTORES

GABRIELA ARCINIEGAS (COLOMBIA)

Narradora, poeta, traductora, ensayista. Creadora del género gore místico, considerada por el diario *El espectador* como pionera del género terror en Colombia. Literata, Magistra en Literatura latinoamericana. Ha estudiado guion de cine y TV desde 2016, en talleres con ABC guionistas de España, becada en el diplomado del Instituto del Cine de Madrid y en talleres con la script doctor Yolanda Barrasa. Ha sido profesora de Tai Chi, intérprete, correctora de estilo. Docente y conferencista de universidades colombianas. Su obra es estudiada en colegios y universidades, en Colombia, Estados Unidos y Europa. Incluida en antologías como *Cuentos y relatos de la literatura colombiana* (FCE Colombia), *Cronómetros para el fin de los tiempos* (Planeta lector Colombia), *Aquelarre de cuentos, terror insólito escrito por mujeres* (Huso España), *Guayabas, Voci Femminili Dalla Colombia* (Castelvechi Italia), *Dismórfica* (Pandemonium Perú), *El espanto que nos une* (Planeta Lector México). Con obra publicada en Colombia, Chile y Perú. Traducida al inglés, al italiano y al chino. Radicada en Chile de 2016 a 2024, actualmente vive en Bogotá.

JOSÉ SERVÍN (MÉXICO)

José Servín es un psicólogo, escritor y músico mexicano. Ha publicado cuentos con *Iguals Revista*, *Revista Sangría*, *Cósmica Fanzine* y *Podcast NOB*, así como en las antologías “*Abismos de la cotidianidad*” (Palabra Herida, 2023), “*Voces que nunca callan*” (Palabra Herida, 2023), “*Una sombra que me acecha II*” (Alas de Cuervo, 2023), “*Microcuervos*” (Alas de Cuervo, 2023) y “*Entre risas y caos*” (Letras Negras, 2024). Su novela “*Ángeles abandonados*” fue lanzada en noviembre del 2023 a través de Alas de Cuervo, y su segunda novela, “*Ciervos de la lluvia*”, obtuvo el segundo lugar en el Concurso Internacional de Novela de Terror de Alas de Cuervo 2023.



EDWIN A. G. BERNAL (MÉXICO)

Desde siempre llamado por lo oculto, lo natural, lo que pueda aterrar y hacer sentir vivo. Actualmente cursa la licenciatura en Lengua y Literatura Hispánica en la UNAM, en la Ciudad de México, lo que le ha abierto un ecléctico horizonte de búsqueda y encuentro de distintas formas de literatura.

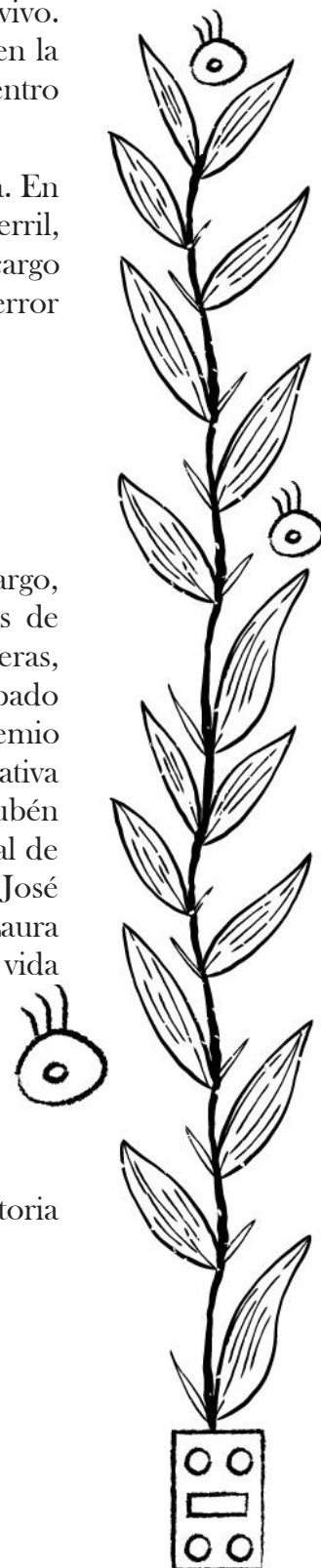
Escribió en privado durante años, buscando entre historias alguna voz que fuera suya. En 2021 participó en un curso de novela de terror con la escritora mexicana Sandra Becerril, y en mayo del año en curso tendrá una aparición en una compilación de haikus a cargo de Editorial Mítico, lo que será, junto con la aparición en la revista del Nuevo Terror Latinoamericano, la salida de su pluma al mundo.

ALMA MANCILLA (MÉXICO)

Antropóloga y escritora. Autora de los libros de cuentos *Los días del verano más largo*, *Casa encantada*, *Las babas del caracol* y otros relatos, *El criado* y otras historias de aflicción, *Los intrusos* y *Estado larvario del peligro*, y de las novelas *Hogueras*, *Archipiélagos*, *De las sombras*, *El predicador*, *Fulgor* y *Caerá la noche*. Ha participado en diversas antologías en México y en Canadá y su obra ha obtenido entre otros el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen (2011), el Premio Internacional de Narrativa Ignacio Manuel Altamirano (2015), el Premio Bellas Artes de Novela José Rubén Romero (2018), el Premio Bitácora de Vuelos Ediciones (2019), el Premio Nacional de Novela Ignacio Manuel Altamirano (2020), el Premio Nacional de Cuento Juan José Arreola (2022), la mención honorífica del Certamen Nacional de Literatura Laura Méndez de Cuenca (2022) y el Premio Nacional de Literatura Toluca, llena de vida (2023). Desde 2020 forma parte del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

MAXIMILIANO E. GIMÉNEZ (ARGENTINA)

Ha incursionado en la música y las artes plásticas. Ha publicado dos libros (*Historia natural*; *Pájaro de papel*) y relatos en diversos medios de América y España.



DAVID KOLKRABE (COLOMBIA)

Es escritor y magíster en filosofía colombiano, especializado en literatura de terror. Ha publicado dos novelas ("Condorcet o el arte de mentir" y "El mito de Roger") y múltiples cuentos en diversas plataformas. Fue ganador de la convocatoria "Monstruos" de Letrarium y la editorial Esqueleto Negro en 2021 para publicar una antología de diez relatos de terror.

Ganó el concurso de Historias de Terror 2022 de Lemon Studios y el 7mo concurso de cuento breve "Nyctelios", organizado por el Círculo Lovecraftiano & Horror (2021); finalista en el I Premio Internacional de cuento independiente SoM y seleccionado en el Segundo Programa de Tutoría de Novela (2022) de la UNAM para trabajar su tercera novela junto a grandes autores como Jorge Volpi, Pedro Ángel Palou y Eloy Urroz.

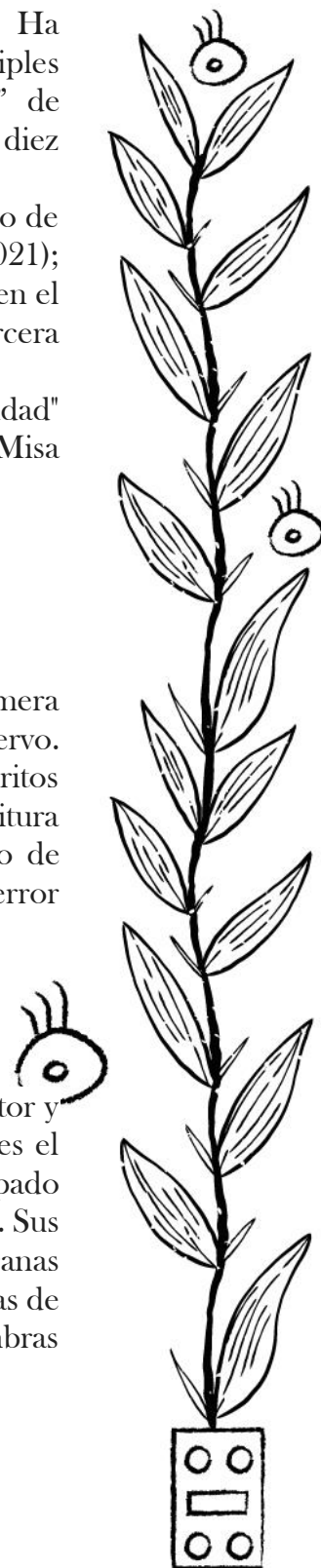
En 2022 publicó su libro de cuentos ilustrado llamado "El demonio de la Perversidad" con el sello editorial Alas de Cuervo. En el 2023, publica su novela de Terror Social "Misa de difuntos". En 2024, publicará su novela "Los Lagos" con Calixta Ediciones.

LILIANA PATIÑO (COLOMBIA)

Actualmente vive en la Ciudad de México. Escritora de cuentos, entre esos: La primera plegaria, publicado en la Colección Lamentos del Bosque II de Editorial Alas de Cuervo. Creadora del perfil literario en Instagram (@burodeletras) donde comparte escritos inéditos, reseñas de libros y anécdotas literarias, Participante del Programa de Escritura Creativa de la Universidad del Claustro de Sor Juana en el taller de Laboratorio de Personajes. Participante del I Taller de Cuentario o Novela de Terror del Nuevo Terror Latinoamericano.

MIGUEL JARA (MÉXICO)

Es doctor en inteligencia artificial por la Universidad de las Américas Puebla. Es autor y revisor de diversas obras literarias y publicaciones científicas. Su género principal es el terror, con temas que abarcan desde lo cotidiano hasta el existencialismo. Ha participado en varios talleres de novela y cuento, y ha sido publicado en tres antologías de cuento. Sus obras son Los horrores de Río Frío, publicada en la antología Pesadillas Latinoamericanas (Alas de Cuervo, 2023); A solas, publicada en la antología Criaturas Nocturnas I (Alas de Cuervo, 2023); y Visitas ocasionales, publicada en la antología Fiesta de luces y sombras (Letras Negras, 2024).



SAMAEL SPEZIA (MÉXICO)

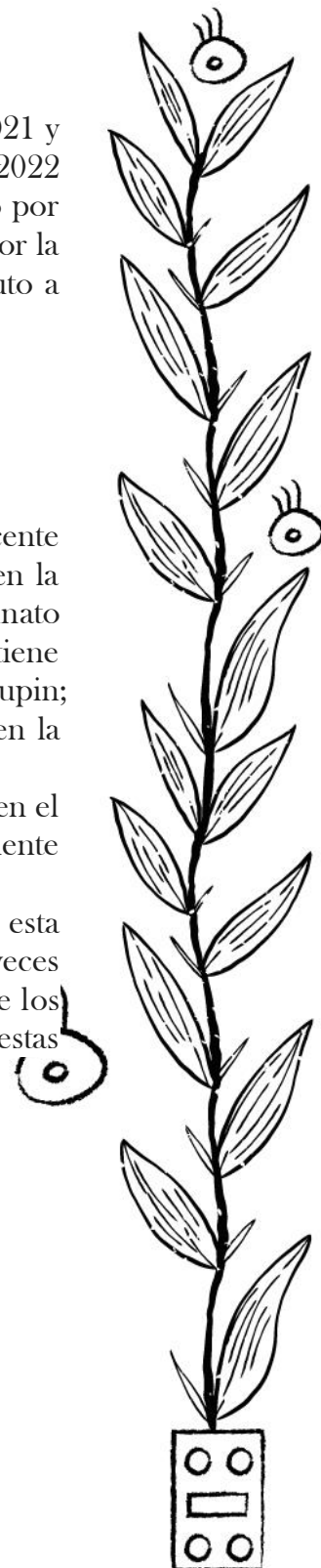
Es escritor de horror y fantasía. Cursó el taller de “Alas de Cuervo” a finales del 2021 y posterior a esto formó parte de la antología “Los sueños del cuervo”. En octubre de 2022 fui publicado en la revista “Chile del terror #3 Vampiros” en 2023 he fui publicado por Palabra Herida en las antologías “Mentes corroídas” y “Coloquios con el espejo”, por la revista digital “Entropía”, así como por “Ediciones Rubeo” en una antología Tributo a Lovecraft.

JORGE SANTANA (MÉXICO)

Es licenciado en Letras Hispánicas por parte de la Universidad de Guadalajara y docente de bachillerato en la Preparatoria 5 (UDG). Ha publicado varios de sus cuentos en la antología Mar de Voces en los años 2021, 2022 y 2023, entre los que destacan “Asesinato premeditado”, “Escrito por una IA”, y “El zoológico de los vecinos”. También tiene publicaciones en la revista “Aportes Académicos P5” como su artículo “C. Auguste Dupin; el detective antes del detective” donde rescata la importancia de la novela negra en la literatura.

Lector y amante de lo paranormal, abrió un canal de YouTube (@JorgeSantana16) en el año 2020 para hablar de recomendaciones literarias y casos misteriosos, actualmente cuenta con más de 25k suscriptores.

Jorge Santana considera la escritura como una de sus más grandes pasiones, pues de esta manera puede comprender, transformar y encarar sentimientos y emociones que a veces lo embargan, sobre todo en las tardes de hastío. Hablar de amor, de monstruos y de los monstruos del amor, han llevado a Jorge a escribir varios cuentos que comparten estas temáticas.



CÓMO PUBLICAR EN EL PRÓXIMO NÚMERO DE LA REVISTA

La Revista del Nuevo Terror Latinoamericano es una revista trimestral, de difusión masiva, que compila lo mejor de los cuentos contemporáneos de terror escritos en español. Los números de la revista no están catalogados por tema, sino que el tema es libre, siempre y cuando pertenezcan al género de terror.

Para mantener un número estándar de la revista, no publicamos más de doce cuentos por edición, ni menos de ocho. Así que, si envías cuento y no es aceptado, no te desanimes. Muchas veces el rechazo no significa que tu texto no sea bueno, sino que tuvimos que tomar la decisión de solo elegir un número determinado.

El proceso de selección se realiza a doble par ciego. Primero, recibimos los textos y un primer evaluador selecciona los que cumplen con los requisitos y, considera, tienen una calidad alta para una revisión profunda. Los textos que no pasen el primer filtro no reciben retroalimentación. Los elegidos para la segunda etapa se enviarán a distintos jurados. Cada texto tendrá dos lecturas de dos evaluadores diferentes, que llenarán un formato en el que calificarán, del 1 al 10, los diferentes ítems para su publicación. Los que tengan la calificación global más alta serán publicados en el siguiente número.

El proceso, como se dijo, es a doble ciego. Esto significa que no se conocerán los jurados y los jurados no conocerán la identidad del autor del texto.

El proceso y los requisitos para enviar tu cuento son los siguientes:

1. Género: terror; tema: libre; escrito en español. No es necesario que sea inédito.
2. Envíalo a revistadelntl@gmail.com
3. Extensión máxima: 3000 palabras; extensión mínima: 800 palabras.
4. Envía el cuento sin pseudónimo, ni firma. En un archivo aparte, un documento con tu información: nombre o pseudónimo, correo electrónico, teléfono de contacto, redes sociales y nombre del cuento. Por favor, nombrar los archivos del siguiente modo: Títulodelcuento (para el cuento) y Nombredelautor (para el archivo con los datos del autor).
5. Fecha máxima: 30 de junio de 2024.



Si tienes alguna otra propuesta, diferente a cuento, que creas que se enmarca dentro de la revista, envíala y la analizaremos de manera especial.

La Revista del Nuevo Terror Latinoamericano, así como el Movimiento del Nuevo Terror Latinoamericano, es un proyecto sin fines de lucro que busca impulsar el terror de calidad escrito en el continente. Por esta razón, no damos una retribución económica a los autores, sino que promovemos masivamente la revista e invertimos recursos para que llegue a muchísimos lectores.

Recomendamos leer el Manifiesto del Terror Latinoamericano:
<https://acortar.link/tSheHF>

Si encuentras algún error en la revista, por favor háznoslo saber enviando un correo a revistadelntl@gmail.com. Estamos en proceso de mejorar cada vez y cualquier observación la agradeceríamos demasiado.

Por favor síguenos en nuestras redes sociales, Facebook e Instagram, para hacer crecer esta comunidad.

